

LA NOVELA
TEATRAL

MUÉRETE... ¡Y VERÁS!
Comedia en tres actos
Bretón de los Herreros

EUGENIO CASALS

10 ots.

Tovar
1919.





NO SE PRESTA LECTURA EN SALA

imita resuelta y fielmente en su propia obra.
Por entonces, en los años subsiguientes al matrimonio, de 1837 a 1840, dió a luz sus mejores comedias. De esta época datan dos obras maestras, las que, con *Marcela*, componen la trilogía admirable que le granjea la inmortalidad: *El pelo de la dehesa* y *¡Muérete... y verás!*

En el año 1841 pierde Bretón una buena parte de sus ahorros. Este quebranto de intereses lo compensa con el éxito de la comedia *Un novio a pedir de boca*, y además, si no se sintiese compensado, se consuela de él con chocarrerías y vayas sobre el tema, que maldita la gracia le hubieran hecho a cualquier otro si le hubiesen sido dedicadas en tercera persona.

Fué hombre perseguido y vejado por la envidia; enemigos implacables y de mala ralea le cercaban; así se dió el caso de que con un nombre ya prestigiosísimo, en 1848 fué deseclada en primera lectura por la Junta censoria del Teatro Español su comedia *La hipocresía del vicio*. Resarciose Bretón de los Herreros de este injustificado desaire enviando una obra anónima titulada *¿Quién es ella?*, que fué recibida con aplauso.

Estrenó luego *La Ponchada*, comedia por la cual se resintieron los milicianos nacionales, a quienes Bretón dedicaba cuatro o seis chistes inocentes. De tal modo exacerbó esos punzantes epigramitas a los milicianos, que también era, al parecer, un *genus irritabile*, como el de los vates, que le excluyeron de su seno los oficiales del 5.º batallón de la Milicia, del cual era subteniente don Manuel, que hubo de escapar de Madrid en vergonzosa huida por librarse de las iras populares. Despojáronle con este motivo de su cargo de Bibliotecario segundo de la Nacional.

Sólo en 1843 volvió a ocupar cargo oficial, siendo nombrado Administrador de la Imprenta nacional y Director de la *Gaceta de Madrid*, cargos que desempeñó hasta 1847, en que fué nombrado Director de la Biblioteca Nacional.

Don Juan Valera ha dicho, con justicia, de Bretón de los Herreros «que es sin duda el más original, fecundo y castizo de nuestros poetas del siglo XIX».

Director: JOSÉ DE URQUIA

SEMBLANZA LITERARIA

DE

Don Manuel Bretón de los Herreros

POR

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO

Nació D. Manuel Bretón de los Herreros, en Quel (comarca de la Rioja) provincia de Logroño, de padres nobles, mas no holgados de fortuna.

Arruinóse su padre por la invasión francesa y hubo de lanzarse el muchacho a la lucha por la vida, siendo desde niño un *struggle-for-lifer*. Sentó plaza en 1811, sirviendo al Rey desde entonces y peleando contra los franceses en Cataluña y Valencia, de 1814 a 1822, peregrinando por ciudades y aldeas, observando tipos y costumbres que le dieron material humano para sus comedias.

Desuellla entre sus obras—todo el mundo lo sabe—*Marcela* o ¿cuánt de las tres?, que abre el ciclo que pudiéramos llamar *bretoniano*—por no dar lugar al equivoco del ciclo *bretón* de la epopeya en las lenguas romances—y en el cual Bretón de los Herreros se liberta del influjo de Moratin, a quien imita resuelta y fielmente en su primera producción *A la vejez viruelas*.

Por entonces, en los años subsiguientes al matrimonio, de 1837 a 1840, dió a luz sus mejores comedias. De esta época datan dos obras maestras, las que, con *Marcela*, componen la trilogía admirable que le granjea la inmortalidad: *El pelo de la dehesa* y ¡*Muérrete... y verás!*

En el año 1841 pierde Bretón una buena parte de sus ahorros. Este quebranto de intereses lo compensa con el éxito de la comedia *Un novio a pedir de boca*, y además, si no se sintiese compensado, se consuela de él con chocarrieras y vayas sobre el tema, que maldita la gracia le hubieran hecho a cualquier otro si le hubiesen sido dedicadas en tercera persona.

Fué hombre perseguido y vejado por la envidia; enemigos implacables y de mala ralea le cercaban; así se dió el caso de que con un nombre ya prestigiosísimo, en 1848 fué deseclada en primera lectura por la Junta censoria del Teatro Español su comedia *La hipocresía del vicio*. Resarcióse Bretón de los Herreros de este injustificado desaire enviando una obra anónima titulada ¿*Quién es ella?*, que fué recibida con aplauso.

Estrenó luego *La Ponchada*, comedia por la cual se resintieron los milicianos nacionales, a quienes Bretón dedicaba cuatro o seis chistes inocentes. De tal modo exacerbáron esos punzantes epigramitas a los milicianos, que también era, al parecer, un *genus irritabile*, como el de los vates, que le exclayeron de su seno los oficiales del 5.º batallón de la Milicia, del cual era subteniente don Manuel, que hubo de escapar de Madrid en vergonzosa huida por librarse de las iras populares. Despojáronle con este motivo de su cargo de Bibliotecario segundo de la Nacional.

Sólo en 1843 volvió a ocupar cargo oficial, siendo nombrado Administrador de la Imprenta nacional y Director de la *Gaceta de Madrid*, cargos que desempeñó hasta 1847, en que fué nombrado Director de la Biblioteca Nacional.

Don Juan Valera ha dicho, con justicia, de Bretón de los Herreros: «que es sin duda el más original, fecundo y castizo de nuestros poetas del siglo XIX».

MUERETE IY VERÁS...!

COMEDIA EN CUATRO ACTOS, ORIGINAL DE

D. Manuel Bretón de los Herreros

PERSONAJES

ISABEL.-JACINTA.-D. PABLO.-D. FROILAN.-D. ELIAS.-D. MATIAS.-D. ANTONIO.-D. LUPERCIO.-D. MARIANO.-UN BARBERO.-UN NOTARIO.-RAMON.
Un ciego.-Una ciega.-Guardias nacionales.-Hombres y mujeres del duelo.-Damas y caballeros convidados.-Pueblo.-La escena es en Zaragoza.

ACTO PRIMERO

LA DESPEDIDA

Calle. Un café en el foro con puerta vidriera.

Durante esta escena atraviesan de un lado a otro del teatro algunos milicianos nacionales equipados como de camino, y gentes del pueblo que se supone van a ver salir la tropa.

Don Antonio, don Lupercio, don Mariano. (Saliedo del café.)

- | | | | |
|------|--|------|--|
| ANT. | Salgamos, Lupercio, a ver lo que pasa por la calle. | | |
| LUP. | Ya transita poca gente. | ANT. | en los ojos de su amable Jacinta... |
| MAR. | Como por aquí no sale la columna... | | Pues malas lenguas dicen que el otro compadre gusta también de la niña, y si puede desbancarle... |
| LUP. | Quiera Dios que a los facciosos alcancen y los destruyan. | LUP. | Por ahora es el preferido don Pablo. Más adelante, no diré... Porque en mujeres no hay que fiar, y el carácter de Jacinta es en mi juicio más veleidoso que el aire. |
| ANT. | ¿Qué fuerza va a marchar? | MAR. | Sin embargo, tiene mil apasionados, y nadie piensa en Isabel, su hermana, aunque yo creo que vale mucho más. |
| LUP. | Dos mil infantes y ciento veinte caballos. | ANT. | Mal gusto tienes. Ella podrá ser un ángel, mas tan callada.. |
| MAR. | ¿Cuántos son los nacionales movilizados? | MAR. | Es modestia |
| LUP. | Mil hombres que en vivos deseos arden de purgar el noble suelo aragonés de esa infame canalla. | ANT. | Sosería. Aquel donaire de Jacinta, aquel mirar, aquel despejo, aquel tallo... |
| MAR. | Vamos al Coso, que ya es regular que marchen en breve. | MAR. | No es menos bella Isabel, pero desconoce el arte de coquetear y fingir. |
| ANT. | No tengas prisa. Cuando están los oficiales tan despacio en el café... [gite] | ANT. | Si yo hubiera de casarme con alguna de las dos... |
| LUP. | Si. Ahí quedan don Pedro Ya-y don Matías Calanda; pero este es un botarate que cuando está en una broma no oye cajas ni timbales, y don Pablo embelesado | MAR. | Eh, no digas disparates. Filósofo estás, Mariano. |
| | | ANT. | |
| | | LUP | |

12184.032

ANT. Perdió anoche dos mil reales
el ecarté, y no me admiró...
MAR. No reprobará el enlace
de su hermana don Froilán,
pues sufre que la acompañe
don Pablo y la dé convites...
LUP. Como en ellos tenga parte,
no haya miedo que por eso
se incomode. Es el más grande
egoísta...

ANT. Es un amigo
y no debo criticarle;
mas por no mover un brazo,
morir dejara a su padre
si lo tuviera.

LUP. Y en todo
ve peligros y desastres.
¡Qué agorero! Otra campana
de Velilla.

ANT. Eso lo hace
para excusar su egoísmo.
Ya se ve, cuando a los males
no hay remedio, es excusado
que los médicos se cansen.

MAR. ¡Antonio! Ten caridad.
Y nosotros, paseantes
y ociosos de profesión,
¿qué hacemos en este valle
de lágrimas?

ANT. ¡Eh!... Nosotros,
aunque somos holgazanes,
servimos de algo en el mundo.
Acreditamos a un sastré,
alegramos las tertulias,
sostenemos los billares,
y brindamos en la fonda
por las patrias libertades.

LUP. A propósito. Estarán
ahorizando hasta la tarde?
Pero ya sale don Pablo.

os mismos, don Pablo. (Con uniforme de
teniente de nacionales movilizados.)

PAB. (Ese usurero vergante
no parece, y necesito
que me preste para el viaje
diez onzas. Estos tal vez
me dirán...) Ustedes saben
dónde pára don Elías?

MAR. No.

LUP. No sé.

PAB. Voy a buscarle.

Don Antonio, don Luperón, don Mariano,

ANT. Ya anda en busca de usureros.

MAR. Ya se ve, tanto gastar...

LUP. Ese hombre se va a arruinar.

ANT. Le vamos a ver en cueros.

MAR. Su patrimonio es crecido.

LUP. Su vanidad es mayor.

ANT. Libertino...

LUP. Jugador...

MAR. Disipado...
Corrompido.

¿Veis el ardor con que pinta
la pasión que le sujeta?

Pues que me lleve pateta

si se casa con Jacinta.

Yo sé que tiene otra moza.

Si; la viuda de Quirós.

Pues se olvida de las dos

al salir de Zaragoza.

LUP. Con la seducción y el dolo

otras hallará al momento.

MAR. Presume tener talento...

ANT. Es un ignorante, un bolo.

LUP. Aunque atusando el bigote

se tiene por muy galán,

me parece a mí un galán.

Y a mí un Judas Iscariote.

ANT. Los mismos, don Froilán,

FRO. ¿Todavía por aquí

caballeros?

ANT. ¡Don Froilán!

FRO. ¿No van ustedes a ver

la columna desfilar?

LUP. Eso pensamos. Supongo

que también usted irá

con las niñas.

FRO. No por cierto.

Hoy tengo un espín mortal.

Estoy malo. Hace mal día.

MAR. ¡Hombre, si hace un sol que da

regocijo!

FRO. Sin embargo,

el viento se va a mudar...

y yo tengo para mí

que esta tarde nevará.

ANT. El calendario de usted,

FRO. amigo, es siempre fatal.

FRO. Nevará. ¡Pobre milicia!

ANT. ¡Qué trabajos va a pasar!

Mucho sentirá don Pablo

marcharse de la ciudad

dejándose aquí a la bella

Jacinta. Dicen que ya

se trataba de la boda.

FRO. ¡Si; pero buenos están

los tiempos para casorios!

Yo no quiero contrariar

el gusto de mis hermanas;

pero pronostico mal

de ese casamiento.

LUP. ¡Cómo!

¿No iban con gusto al altar

ambos contrayentes?

- Fro. mas si la fatalidad
hiciera... Anoche Jacinta
vertió en la mesa la sal
nombrando a don Pablo.
- JAC. ¿Y eso
qué puede significar?...
- Fro. Es mal agüero. Ese viaje
inesperado es quizá
otro aviso de los cielos...
Piensa mal y acertarás
dice el refrán.
- Ant. Si es funesta
esa coyunda nupcial,
¿por qué no interpone usted
su fraterna autoridad
para que no se efectúe?
- Fro. No, amigo; no haré yo tal.
Las voluntades son libres;
las chicas tienen ya edad
para saber lo que se hacen.
Mi individuo y nada más.
Yo sé que puedo vivir
sin una cara mirad.
Si ellas piensan de otro modo,
si ellas se quieren casar,
para ellas será la dicha
o la pena: me es igual.
Ellas comen de su dote...
Ni me quitan, ni me dan.
- Ant. ¡Vaya, que es filosofía!
la de usted... original!
(Sigue hablando con los ociosos
don Proslán.)
- Los mismos, Jacinta, Isabel, don Matías.
Con uniforme de subteniente de milicia mo-
vilizada. [blo]
- JAC. ¡Cómo! ¡Aun no viene don Pa-
Mat. No tardará. Aquí en la puerta
estaremos más alerta...
- (A un mozo que llega a la puerta.) ¡hablo?
¡Hola! ¡Mozol... ¿Con quién
Trae sillas aquí: al momento.
Isa. (¡Dios mío, vela por él!)
(Trae sillas el mozo y se sienta don
Matías y Jacinta.)
- JAC. ¿No te sientas, Isabel? [to!]
Isa. Sí... me sentaré. (¡Oh, tormen-
(Se sienta. Don Matías y Jacinta
hablan en voz baja.)
mi cautivo corazón.
- Mat. Mil veces afortunado
si fuese yo la ocasión
de ese amoroso cuidado.
- JAC. Vamos, deje usted esa chanza.
Mat. Chanza cuando gimo y ardo,
y tengo en el pecho un dardo.
- He dicho poco. ¡Una lanza
Aun ese desdén fatal
amara yo con delirio
si no viese mi martirio
en la dicha de un rival.
(¡Qué desgraciada noche!)
JAC. ¡Qué temeraria porfía!
Mi voluntad ya no es tibia.
¿Qué pretende usted de mí?
Mat. O tan divina beldad
no estrechen brazos ajenos,
o vuélvame usted al menos
mi perdida libertad.
- JAC. Si basta decirlo yo,
libre es usted desde ahora;
libre y sin costas.
- Mat. ¡Traidora!
¿Te burlas de mí?
- JAC. Yo no.
- Mat. Si otro consuelo no halla
el afán que me atormenta,
me hago dar muerte sangrienta
en la primera batalla.
¡Qué temeraria virtud!
- JAC. ¿Conque usted quiere un favor?
Bien. Portarse con honor,
buen viaje y mucha salud.
Eso se dice a cualquiera.
- JAC. Mas no como yo lo digo.
Le amo a usted... como a un
[amigo].
- Mat. ¿Por qué no de otra manera?
JAC. Porque estoy comprometida
y así la suerte lo quiso.
- Mat. ¿Y a no mediar compromiso?
JAC. Entonces...
- Isa. (¡Fatal partida!)
- JAC. Me apura usted demasiado.
Eso es ponerme en un pozo.
Si no amara usted a otro...
Usted sería el amado.
- Mat. Ya que victoria no cante,
aunque la razón me sobre,
no es malo que aspire un pobre
a la primera vacante.
- JAC. Basta. Merece castigo
quien a la dama echa flores
de su amigo.
- Mat. Hija, en amores
no hay amigo para amigo.
- JAC. Pues de camarada fiel
se la echa usted.
- Mat. Estoy loco.
- JAC. Anímeme usted un poco,
y hoy mismo riño con él.
- JAC. Busque usted más alta gloria
combatiendo al vandalismo,

- MAT.** y véngase usted a sí mismo, que es la más noble victoria.
JAC. ¡Amonestación discreta! Mas quien mira esos encantos. Déjeme usted con mil santos. Yo no quiero ser coqueta.
MAT. ¡Cruel!
JAC. (Lástima me da, mas el deber... ¡Y es buen chico!)
MAT. Tus ojos. [col]
JAC. Calle usted el pico, que viene Pablo.
ISA. (¡Allí está!)
 (Se levanta viendo venir a don Pablo, y reparando en las damas los otros interlocutores se incorporan con ellas.)
Los mismos, don Pablo, don Elías.
PAB. Me vienen perfectamente los tres mil reales y pico, y con la vida y el alma quedo a usted agradecido.
JAC. (Mi Pablo... No, no es posible que yo ponga mi cariño en otro hombre.)
ELI. El interés es muy corto. Un veinte y cinco por ciento. [co]
PAB. Si; en cuatro meses...
ELI. No me parece excesivo. Ser servicial y económico son mis dotes favoritos. Sin lo segundo no hiciera lo primero. Economizo, y de esta manera puedo ser útil a mis amigos.
PAB. ¡Bien! Lo explica usted a modo de charada o logogrifo.
ELI. No tomará usted a mal que extendamos un recibo.
PAB. Sí, sí; que somos mortales.
ELI. No es decir que desconfío. Ahí en el café lo pongo en dos plumadas.
PAB. Lo firmo, y estamos del otro lado.
 (Se reúne con los demás interlocutores. Don Elías va a entrar en el café y a la puerta le detiene don Antonio.)
 Cierta negociación precisa ha motivado mi ausencia. Tengo prisa.
ELI. Necesito...
ANT. (Siguen hablando los dos en voz baja.)
PAB. Ahora soy todo de ustedes
 hasta ponerme en camino.
ISA. (¡Le quiero más que a mi vida y me parece delito el mirarle!)
ELI. Ya hablaremos.
 Ya sabe usted donde vivo. (¡Cuando el otro va a partir me detiene este maldito!)
ANT. La hipoteca es abonada.
ELI. Bien, sí.
ANT. Corrientes los títulos.
 Si hoy no me socorre usted mañana me pego un tiro. [ra!]
ELI. (¡No hay quien te lo pegue ahora! Con un pie dentro del café.)
ANT. Veremos.
ELI. Pero...
 Lo dicho.
 (Se entra en el café.)
LUP. (A don Antonio y a don Mariano.) Vamos a ver la columna.
ANT. ¿Qué hacemos en este sitio? Si; vámonos. Señoritas, a los pies de ustedes. ¡Chicos, buen viaje!
MAT. ¡Abur!
JAC. Beso a ustedes.
 la mano.
PAB. (Está muy entretenido hablando con Jacinta este donde se acercó al carro.) Adiós.
LUP. Si servimos de algo...
MAR. Que escribais.
FRO. Señores...
 ¡Gracias a Dios que se han ido!
Jacinta, Isabel, don Pablo, don Matías, don Froilán.
MAT. (Ellos en dulce coloquio y yo aquí siendo testigo: Me largo con viento fresco, que es cruel este suplicio.) La columna va a marchar y yo no me he despedido de mi familia. ¡Madamas, hasta la vuelta!
FRO. Repito.
ISA. Buen viaje.
JAC. Abur, don Matías.
MAT. (¡Ah! Voy hecho un basilisco. Vosotros lo pagaréis, soldado de Carlos quinto.)
Isabel, Jacinta, don Pablo, don Froilán. Luego don Elías. (Siguen hablando aparte don Pablo y Jacinta.)
ISA. (¡Qué felices son! Y yo. ¡Suerte infeliz, suerte amarga.

la de una mujer! Mis labios sella la vergüenza. El alma se me arranca, y yo no puedo decir: ¡ese hombre me mata! (Se sienta afligida.)

FRO.

Despacio la toman. (A la puerta del café.) ¡Mozo! La Gaceta. Nunca acaban de hablar los enamorados. (El mozo trae la Gaceta. Se sienta y la lee. Sale don Elías del café con el recibo en la mano.) [sas

ELI.

No es droga que en estas cancinas ha de haber un tintero corriente? Ya sólo falta (Acercándose con el recibo en la mano a don Pablo, que entretenido con Jacinta no le ve.) que firme usted.

JAC.

Si; mi Pablo.

Mi corazón se desgarró al verte partir. Si el freno del pudor no me atajara, tan briosa como amante te siguiera a la campaña. Ni el agua, ni el sol, ni el frío, ni privaciones, ni balas entibiarían mi ardor. Quizá a manejar las armas aprendería de ti, y con tu amor alentada lidiaría defendiendo la libertad sacrosanta, que también late en mis venas la sangre zaragozana; y a ejemplo de las gloriosas heroínas que las águilas en este suelo humillaron de la usurpadora Francia, verter sabría mi sangre en el altar de la patria. Mas, ya que de este placer me privan leyes tiranas; ya que viva no te sigo, ya que el cielo nos separa, he aquí mi retrato: toma, (Se lo da.) bien mío, y amor le haga escudo que te defienda de las enemigas lanzas. (¡Qué suplicio!)

ISA.

ELI.

PAB.

Con permiso.

(Besando el retrato que guarda luego en el pecho.)

Oh don precioso! Tú inflamas mi valor, que con la pena de ausentarme desmayaba.

ISA.

ELI.

FRO.

ELI.

FRO.

Ahora me siento capaz de las mayores hazañas.

(¡Que no me muriera aquí!)

Con licencia de esa dama, la firma...

(Levantándose y acercándose a don Pablo.)

¡Ah, señor don Pablo!

(¡Este llorón me faltaba!)

¡Inútil valor! ¡Inútil

patriotismo! Está ya echada

la suerte. ¡Pobre nación!

Volverá a gemir esclava.

El genio del mal persigue

a la miserable España.

Tanto afán, tantos tesoros,

tanta sangre derramada,

¿de qué han servido? La hidra

de la rebelión levanta

sus cien cabezas. El cielo

nos abandona. ¡No hay patria!

(A don Pablo.)

Mientras don Froilán parodia

la tragedia de Quintana,

firmes usted...

ELI.

PAB.

Mucho me admiran,

don Froilán, esas palabras

en boca de un español,

de quien liberal se llama.

Cuando humillada en Bilbao

toca a su fin la malvada

facción carlista, habla usted

de hidras y de desgracias?

Ya verá usted.

FRO.

PAB.

Ese cuadro

es el parto de una amarga

misantropía... No quiero

atribuirle otra causa.

Mas yo supongo que es fiel;

que mil desastres amagan

al Estado; que peligra

la libertad. ¿Por ser ardua

la lid debemos acaso

abandonar la demanda?

¿Ha de faltarnos el brío

primero que la esperanza?

¿Doblabamos la cerviz

antes de probar la espada?

Sacrificios, no clamores,

tesón, virtudes, no lágrimas

la nación pide a sus hijos.

¿Cuál es más pesada carga,

el fusil o la cadena?

Con declamaciones vanas

no se desarma al contrario.

Si hoy se pierde una batalla

no se recobra el honor

sino venciendo mañana.

JAC.
ISA.
ELI.
FRO.

(Bien dicho!
(¿Y no le ne de amar?)
El recibo.

La llega
es muy profunda, don Pablo.
Nuestras discordias infaustas
nos llevan al precipicio.
Las pasiones entonadas
nos ciegan; los pueblos gimen;
no hay dinero; esto no marcha;
no vamos todos a un fin;
los partidos...

PAB.

Así habían
el egoísmo y el miedo.
En las tristes circunstancias
se acrisoló el patriotismo;
y el que noble tiene el alma
no se deja dominar
de miras interesadas,
ni de ocultas influencias,
ni de pasiones bastardas.
En tierra por tanto tiempo
con las lágrimas regada
de misera esclavitud,
fácilmente no se planta
el árbol de libertad.
Dónde un hombre solo manda
y los demás obedecen
sumisos, ciegos, es llana
la ciencia de gobernar;
pero es forzoso que haya
encontradas opiniones
en un pueblo que trabaja
por regenerarse. ¡Y qué!
porque tengamos en casa
disputas, olvidaremos
a la facción de Navarra?
¿No hay un común enemigo
a quien osado combata
quien blasona de patriota?
Hoy argüir en la plaza,
lidiar mañana en el campo;
hoy en el cuerpo de guardia
y mañana en la tribuna; ¡ras,
hoy votar que haya dos cáma-
rañana andar a balazos
para no quedar sin nada;
hoy escribir un artículo
contra el ministro que no anda
derecho, y mañana dar
un buen susto a Sopenana.
¿Es esto acaso imposible?
En el establo regañan
los alanos entre sí.
mas contra el lobo se lanzan
siempre que le ven hambriento
perseguir a la manada.

Senado y pueblo roman
en el foro se acosaban,
pero sólo al enemigo
era funesta su saña.
Deponga el buen español
sus rencillas ante el ara
de la hermosa libertad,
y pues a todos aguarde,
moderados y exaltados,
servidumbre, muerte, infamia,
si cñe Carlos un día
la diadema soberana,
acuda animoso adonde
la voz del honor le llama,
y mientras una bandera
liberal se alza en España,
ella a combatir le guie
contra la servil canalla.
Y el que diga lo contrario
es un pancista, es un mandria.
Don Pablo es buen caballero,
y así maneja la espada
como la pluma. A propósito:
¿quiere usted hacerme la gracia
de firmar?...

ELI.

PAB.

¡Ah! St. El recibo.
(Va a entrar en el café y le detie-
ne don Froilán.) Vamos.

FRO.

Nadie me aventaja
en patrio amor; mas el ver
tantos errores y tantas
calamidades, confieso
que mi corazón desmaya.
¡Ay don Pablo! Rara vez
mis presentimientos fallan.
El yerro mayor de Troya
fué no escuchar a Casandra.
Crea usted a un fiel amigo.
No saiga usted a campaña.
¿Por qué?

JAC.

PAB.

ISA.

FRO.

¡Es honroso el consejo!
(Si pudiera hablar!)

PAB.

FRO.

La baja
de un hombre, sea quien fuere,
no es de tan grave importancia.
Quédese usted en Zaragoza.
¡Bravol si esa cuenta echara
cada cual, pronto estaríamos
en una paz octaviana.
¡Mire usted que ya en el cielo
leyendo estoy una página
sangrienta! ¡Ya en mis oídos
está silbando la bala
homicida! ¡Ay infeliz!
¡En vez de bélica palma,
tu generoso ardimiento
va a buscar... una mortaja!

- ISA. ¡Maldita tu boca sea! [Ila.
JAC. ¡Ah! ¿Qué estás diciendo? Ca-
¿Por qué afligirnos así?
¡Qué idea!
- PAB. ¡Bah! Es una chanza.
Si yo creyese en agüeros
sería un poco pesada.
Pero, en fin, morir lidiando
por la mejor de las causas
es muerte gloriosa.
- JAC. ¡Ah! No.
Dios oír mis plegarias.
PAB. Sólo por ti lo sintiera.
Por lo demás, no me espanta
la muerte a mí. Y casi casi
muriera de buena gana
sólo por dar un petardo
a mis acreedores.
- ELI. ¡Cáscara!
JAC. Vemos, deja ya esa broma.
ELI. ¡Ah! Si no firma y le matan.)
Vamos, don Pablo. Esa firma.
PAB. (Tocan llamada y tropa.) Vamos.
PRO. ¡Ya sueñan las cajas!
JAC. ¡Oh pena!
ISA. (¡Amargó momento!)
ELI. (¡Voto al...!) Si usted me firma-
PAB. ¡Adiós, bien del alma mía! [ra.
(Abrazando a Jacinta.)
La ausencia no será larga.
¿Serás fiel?
- JAC. Hasta la tumba.
¡Oh! Poco he dicho. La llama
que abrasa mi corazón
ni en el sepulcro se apaga.
ELI. (Los momentos son preciosos.
Traeré el tintero.) ¡Despacha!
(A un mozo desde la puerta del
café.) ¡Un tintero! (Por el gusto
de que yo me ahorque de rabia
se hará matar.)
- PAB. En tus ojos
prisionera dejó el alma.
JAC. ¡Adiós!... ¡La pena me ahoga!
Mi corazón te idolatra
más de lo que yo creía.
Si mi desventura es tanta
que por la postrera vez
tu Jacinta fiel te abraza,
¡ay! te seguiré muy pronto
a la tumba solitaria.
¡Adiós!
PAB. (Desprendiéndose de sus brazos.)
¡Adiós!
PRO. (A don Pablo.) Caro amigo.
ELI. (Con el papel en una mano y el tin-
tero en la otra.)
- (No me dejan meter baza
el amor y la amistad.)
FRO. ¡Adiós! La lengua me embarga
el sentimiento.
PAB. (Volviendo a Jacinta, que llora.)
¡Qué llantos!
Aunque me fuese a la Habana.
Es, adiós. No más.
(Vendose.) Adiós.
ISA. (Con amargura y llorando.)
(¡Y a mí no me dice nada!)
ELI. Don Pablo. ¡Señor don Pablo!
PAB. ¡Pobre Isabel! Me olvidaba.
Venga un abrazo. (La abraza.)
ISA. (Estremecida de gozo.)
(¡Ah, Dios mío!)
PAB. Case usted a esta muchacha,
don Froilán. Está tan triste...
Adiós. Cuidame a tu hermana,
ISA. (¡Infoliz!) Así lo haré.
ELI. Antes de romper la marcha...
(Viendo don Pablo que don Elías
se dirige a él con los brazos abier-
tos, le estrecha en los suyos y rue-
dan por tierra papel y tintero.)
PAB. Sí. ¡Adiós, adiós don Elías!
ELI. (En vez de firmar me abraza.
¡Adiós tintero! El papel.)
JAC. ¡Pablo!
PAB. ¡Jacinta!
(Le da el último abrazo y vase.)
ELI. (Buscando la pluma después de ha-
ber recogido el tintero.)
Mal haya. [gol
¡Don Pablo! ¡Echale un gal-
¡Don Pablo! ¿Ya quién le al-
¡Arroja el tintero.) [canza?
Los míamos, menos don Pablo.
JAC. Vamos a verle marchar.
FRO. No. La gente... Los caballos.
¡Eh! ya no es tiempo. Y los
que no me dejan andar. ¡Callos
Esta noche gran escarcha!
ELI. ¡Ah! es un grano de anís!
¡Diez onzas!
JAC. Vamos... (Una música toca marcha.)
FRO. ¿Oís?
Partió. Ya suena la marcha.
JAC. ¡No podrá vivir sin él!
ELI. ¡Libértale de un balazo
Virgen del Pilar!
FRO. (Da el brazo a Jacinta.) El brazo
y a casa. Usted a Isabel.
ELI. Con mucho gusto. (¡Qué bella!
Esto alivia mi dolor.
A estar de mejor humor
hoy me declaraba a ella.)

FRÓ. ¿Qué hace usted tan pensativo. ISA. (Me ha dado un abrazo. ¡Oh
Ande usted. [vo? [cielo!]
JAC. ¿Qué desconsuelo! ELI. (¡No me ha firmado el recibo!)

ACTO SEGUNDO

LA MUERTE

Sale en la casa de don Froilán. A la derecha del actor la puerta que conduce a la escalera; a la izquierda otra que guía a las habitaciones interiores, y otra en el foro con vidriera cortinas. Muebles decentes, y entre ellos una mesa con escribanía.

Isabel. (Sentada junto a un velador donde habrá varios periódicos, y acabando de leer uno.

ISA. Ni cartas confidenciales, ni partes, ni conjeturas siquiera. Desde que entró la brigada en Cataluña no ha vuelto a saberse de ella. ¡Qué suerte será la suya! No escribir en tantos días don Pablo... ¡Mortal angustia! ¿Habrán sido derrotados por esas hordas inmundas nuestros valientes? Tal vez alguna emboscada, alguna sorpresa. Pero muy pronto las malas nuevas circulan. Parciales y confidentes tiene la rebelde turba donde quiera, y cuando callan es seguro que no triunfan. Esta reflexión me vuelve la esperanza. Sí, me anuncia el corazón...

Isabel, don Froilán,

FRÓ. ¡Hola! ¿Cómo te aplicas a la lectura estos días! ¿También tú te aficionas como muchas a las cuestiones políticas (ja? más que a la plancha y la agu

ISA. A todos nos interesa saber quién vence en la lucha funesta que nos divide.

FRÓ. Eso ya no admite duda; al fin cantarán victoria don Carlos y la cogulla. Ya todo esfuerzo es inútil. Nuestro mal no tiene cura. La libertad es aquí planta exótica, infecunda. La sociedad se desquicia y la patria se derrumba. (Entre dientes.)

ISA. Si como tú se echan todos en el surco.

FRÓ. ¿Qué murmuras? Yo soy un buen ciudadano; yo siento que la fortuna

nos vuelve la espalda, y son mis intenciones muy puras; pero, en fin, estaba escrito allá arriba, y es locura. Repasaré esos periódicos sin embargo. Ni disputas políticas, ni noticias busco en ellos: son absurdas comúnmente las primeras y fatales las segundas; pero en tanto que me sirven el desayuno, me gusta recrearme con un trozo de amena literatura, descifrar una charada, reirme con una pulla. Así me distraigo un poco, y las lágrimas se enjagan que a mi corazón arrancan las calamidades públicas. (Se iba con los papeles y vuelve.) ¡Ah! ¿Viene aquí alguna nueva de nuestra marcial columna? ¡Nada!

ISA.
FRÓ.

¡Pues! ¡Lo que yo digo! ¡Pereció! ¡Todo se frustra! Habrán caído en poder de esa maldecida chusma. La falta de dirección. Alguna mano perjura sin duda los hizo presa de Tristany o Camas-Cruas ¡Qué dolor de juventud! La flor de César Augusta. ¡Oh amigo! Soy con usted. (A don Elías que entra.) ¡Qué horror! El almuerzo, Bruno. (Vendose.) [na.

Isabel, don Elías,

ISA.

ELI.

(¡Ay desgraciada! Su triste presagio me hace temblar.) (Yo la voy a declarar [te.]) mi amor... y claus tibi, Chris- Para un asunto de urgencia que diré en lenguaje explícito, concédame usted, si es lícito,

cuatro minutos de audiencia.
Yo la amo a usted. Mas concin-
ningún amante sería, [so
y es que entra en mi economía
no hablar más que lo preciso.
En paz y en gracia de Dios
que hemos de vivir entiendo;
y no es maravilla, siendo
capitalistas los dos.

Mi caudal es la salud,
el dinero y la alegría;
y el de usted, señora mía,
la hermosura y la virtud.
(Paso en silencio su dote [da.]
que es lo que más me acomodo-
Ajustemos pues la boda
y casémonos a escote.
Mucho vale ser hermosa:
mi amor sea el testimonio;
pero un rico patrimonio
también vale alguna cosa.
No sé qué será peor
en este mundo embustero;
si hermosa sin dinero
o dinero sin amor;
mas siempre que a lo segundo
lo primero unido va,
allí la ventura está;
o no hay ventura en el mundo.
Aunque en la ciudad se suena
que soy dado a la avaricia,
comer bien es mi delicia...
(cuando como en casa ajena.)
Ello sí, como está en moda,
la economía cursé,
y a todo la aplicaré...
menos al pan de la boda.
Poco avaro en fin soy yo
cuando a casarme me allano
Conque, ¿acomoda mi mano?
Responda usted: sí o no.

ISA. Aunque debo celebrar
con más risa que sorpresa
el sumo donaire de esa
declaración singular,
merece el que así me honro
igual franqueza de mí.
No puedo decir que sí.

ELI. ¿Luego dice usted que no?
¡Cruel mujer!

ISA. No. Sincera.
ELI. ¡Tal desvío a mi pasión!

ISA. ¡Ah! ¿Tiene usted corazón?

ELI. ¡Ojalá no lo tuviera!

ISA. Si no ha de ser para mí,
si otro hombre lo cautivó.

ISA. No puedo decir que no.

ELI. ¿Luego dice usted que sí?
¿Habrá fortuna más perra?

ISA. ¿Habrá mujer más ingrata?

ELI. Si dice que no, me mata;

ISA. si dice que sí, me entierra.

ELI. ¡Ay don Elias, que el cielo

ISA. con mayor mal me atormentar!

ELI. Ese «no» que usted lamenta

ISA. fuera para mí un consuelo.

ELI. ¡Cómo!

ISA. Basta ya, si es chanza.

ELI. Si habla usted de veras.

ISA. Sí. ¡Oh!

ELI. Yo no tengo, ¡ay de mí!

ISA. ni puedo dar esperanza.

ELI. Con harta pena lo digo.

ISA. ¿Qué va a ser de mí, Isabel?

ELI. Sea usted mi amigo fiel.

ISA. Yo he menester un amigo.

ELI. Algo más quise alcanzar;

ISA. mas lo seré. (Y me conviene,

ELI. porque al fin y al cabo tiene

ISA. haciendas que administrar.)

ELI. Los mismos. Jacinta.

JAC. ¡Oh, que está aquí don Elias!

ELI. Lo celebro mucho.

ISA. Siempre

ELI. a los pies de usted. ¿Qué tal?

JAC. ¿Hay noticias del ausente?

ISA. Ninguna. Nada se sabe,

ELI. ni hay cartas, ni los papeles

ISA. públicos me dan indicios

ELI. de si vive o de si muere.

ISA. No es extraño que en la guerra

ELI. los correos se intercepten;

ISA. mas no tenga usted cuidado,

ELI. porque la facción rebelde

ISA. ó no osará combatir

ELI. con nuestra tropa valiente,

ISA. o pagará su osadía

ELI. muy cara.

JAC. ¡Pero tenerme

ISA. sin saber de él tanto tiempo!

ELI. Si es cierto que bien me quiere

ISA. ¡cómo no ha hallado camino

ELI. para hablarme de su suerte,

ISA. de su amor? ¡Su amor! Jacinta

ELI. ya tal vez no lo merece.

ISA. Quizá a los pies de otra dama

ELI. ha puesto ya sus laureles.

ISA. No digas tal de don Pablo,

ELI. pues ningún motivo tienes

ISA. para dudar de su fe. [te

ELI. ¡Ah, que la ausencia es la muer-

ISA. del amor! Los hombres...

ELI. Son

ISA. pérfidos, inconsecuentes.

Hombre! ¡Oh! Yo no los quiero.
Me gustan más las mujeres.
Unas (Dentro gritando.) El supimiento

al *Patriota aragonés* que acaba de salir ahora nuevo, con noticias interesantes. [mos.]

ISA. ¿Qué grita ese ciego? Oiga.
JAC. Suplemento...

ISA. (¡Ay Dios! Si fuese.)

EL CIRCO Con la completa derrota de la facción del Canónigo por la columna que salió de esta capital en su persecución.

ISA. ¿Has oído? ¡Ah! don Elías.

JAC. ¡Qué gozo!

ISA. Corra usted, vuele.

ELL. El suplemento. Sí. Voy.

(Es chasco que se me peguen los cuartos.) No tengo suelto.

ISA. ¡Oh Dios mío!

JAC. (Dándole el ridículo, del cual saca cuartos don Elías.) Aquí habrá.

ELL. Nueve...

diez. Hay bastante.

JAC. ¡Qué plomo!

ISA. ¡Vamos!

ELL. Si lo saco en siete. (Véndose.)

Jacinta, Isabel.

EL CIRCO El supimiento al *Patriota aragonés* que ahora acaba de salir nuevo, con la derrota...
¿Quién llama?

ISA. Ya los afanes cesaron.

Nuestros milicianos vencen.
Pronto a los dulces hogares volverán. ¡Ah! ¡Cuán alegre estoy!

JAC. ¡Pablo de mi vida!

Vuelve a mis brazos. ¡Oh! la dicha a mi corazón. [Vuelve

Las mismas, don Elías. (Con un impreso.)

ELL. ¡Victoria! Escuchen ustedes.

(Lee.) «La columna expedicionaria de Zaragoza ha dado un día de gloria a la nación. La gavilla del malvado Canónigo ha sido batida, destrozada a las inmediaciones de Gandesa. Así lo afirma de oficio el alcalde constitucional de dicha villa, y se espera de un momento a otro el parte circunstanciado. Mientras llega y lo publican las autoridades, no queremos retardar a nuestros lectores tan fausta noticia. Nuestros bizarros milicianos

han rivalizado en pericia y valor con las beneméritas tropas que han tenido parte en la acción. ¡Viva la libertad! ¡Viva Isabel III!»

ISA. ¡Oh cielo! Yo te bendigo.
ELL. Doy a usted mil parabienes, Jacinta.

¡Y Pablo no escribiste!

JAC. Querrá tal vez sorprenderte.

ISA. Aquí viene don Froilán.

ELL. ¡Qué cara de «miserere!»

Los mismos, don Froilán.

Fzo. Todo el barrio se alborota; los ciegos van dando gritos. ¿Qué anuncian esos malditos?

Sin duda, alguna derrota.

JAC. Derrota. Tienes razón.

Fzo. ¿Lo veis? ¡Oh días aciagos!

ISA. Mas quien llora sus estragos es la enemiga facción.

Fzo. Dirán que es suyo el revés, mas yo temo que en el lance..

ELL. ¡Oh! Lea usted el alcance del *Patriota aragonés*.

(Le da el impreso y lo lee para el don Froilán.)

JAC. En todo ve mal agüero.

ISA. En nada encuentra placer.

ELL. Corneja debía ser

ese hombre, o sepulturero.

Fzo. Es muy vaga la noticia.

Es atrasada la fecha.

Si fué la facción deshecha

¿qué se hizo nuestra milicia?

En la guerra hay mil azares;

y, además, la exactitud

no siempre fué la virtud

de los partes militares.

Muchos planes y cautelas,

y marchas y contramarchas,

y tempestades y escarchas,

y curvas y paralelas.

Mucho de causar zozobras

a las fuerzas enemigas;

de encarecer las fatigas,

de describir las maniobras;

mucha recomendación;

mucho de Roma y Numancia;

¿y qué nos dice en sustancia

el jefe de división?

Que anduvimos cuatro leguas;

que el faccioso echó a correr

dejando en nuestro poder

una mochila y dos yeguas,

que allí hubieran muerto mu-

do la gavilla peritura [chos

a no ser la noche oscura
y a no faltar los cartuchos;
que el cabecilla vasallo
huyó a tiempo de la quema
y se salvó... por la extrema
figereza del caballo;
que por falta de refuerzo
deja el campo de batalla
y va a esperar la vitalla
a Villafranca del Bierzo;
que envíen francas de portes
diez cruces de San Fernando;
y concluye suplicando
al ministro y a las Cortes
que sin exigir recibo
le traigan los maragatos
seis mil pares de zapatos
y un millón en efectivo.

JAC. Jefes hay que en tu pintura
su historia acaso verán;
pero no todos, Froilán,
merecen esa censura.

ISA. Ver siempre males eternos
es fatal filosofía.

ELI. Se previene por si un día
va a parar a los infiernos,
Los miamos, Ramos, (Da una carta
a Jacinta.)

RAM. Esta carta para usted.
JAC. ¡Es letra de don Matías!
¿Y don Pablo? ¿No hay más
[cartas?]

RAM. No hay más que esa, señorita.
Jacinta, Isabel, don Froilán, don Elías,

ISA. ¡No escribir don Pablo! ¡Oh
[Dios!]

FRO. Eso me da mala espina.
JAC. ¡Qué ingratitud!

ELI. Abra usted
pronto esa carta, Jacinta,
y saldremos de inquietudes
y ahorraremos profecías.

JAC. (Abre la carta y lee.) «En el mis-
mo campo de batalla, cubierto
de cadáveres enemigos, me
apresuro a participar a usted
la victoria de nuestras armas.
Los restos de la facción huyen
dispersos y aterrados, y una
parte de la columna los persi-
gue y acosa en todas direccio-
nes. Yo también parto ahora
en su seguimiento. La pérdida
del enemigo es muy grave, la
nuestra muy corta: cuatro sol-
dados muertos y unos veinte
heridos, todos de tropa.»

ISA. ¡Ah! Respiro.)
ELI. (A don Froilán.) ¿Lo ve usted?
FRO. Déjela usted que prosiga
leyendo, y harto será
que alguna mala noticia...

JAC. Lo demás son cumplimientos,
memorias, galanterías.
¡Es tan fino ese muchacho!
En el campo, entre las filas,
rendido acaso del hombre,
de la sed, de la fatiga,
me escribe tan obsequioso;
¡y al que en la amarga partida
me juró constancia eterna
no le merezco dos líneas!
Así son todos los hombres.
¡Necia la que en ellos fía!

ISA. No habrá podido escribir.
ELI. Muchas cartas se extravían.
FRO. Mi corazón es leal.
No en vano me lo decía.
Don Pablo es un aturdido.
Engolfado en la milicia
ya no se acuerdo de ti.

ISA. (No tuviera yo esa dicha!)
FRO. Alguna linda patrona
en sus brazos la cautiva.

ISA. ¡Ay! ¡Eso no!)
JAC. ¡Quien creyera
que su amor fuese titenital!

UNA CIEGA (Dentro.) El supimiento al
Boletín Oficial. El supimiento
extraordinario.

ISA. ¿Habéis oído? Otro parte
sin duda.

ELI. Será la misma
relación.

JAC. Manda a comprarlo
Froilán.

FRO. Alguna enganifa.
Los precedentes, Ramón,
Aquí está el impreso.

RAM. Venga.

ELI. Parece que se confirma.
RAM. Bien está, sí. Ya sabemos
FRO. leer. Vete a la cocina.

ELI. (Lee.) «Capitanía general de
Aragón.—Hago saber al públi-
co para su satisfacción, que
los rebeldes han sido en efec-
to batidos completamente en-
tre Mora y Gandesa por la va-
lerosa columna de milicianos y
tropa que salió últimamente de
esta capital. Mientras se im-
prime y publica el parte cir-
cunstanciado, me complazco

en asegurar a este heroico vecindario que nuestra pérdida sólo ha consistido en seis hombres muertos, entre ellos un oficial, y diez y ocho heridos, ascendiendo la del enemigo a ciento veinte de los primeros, sobre trescientos de los segundos y más de quinientos prisioneros. Zaragoza, etc.»

ISA. ¡Ah! ¿Quién será ese oficial muerto? ¿Será por desdicha don Pablo?

FRD. ¡Pues! ¡Si lo dije!

JAC. ¡Jesús, qué fatal manía de presagiar infortunios!

ELI. Si alguno de la milicia hubiera muerto en la acción, en su carta lo diría don Matías.

JAC. Ciertamente. Esa reflexión me tranquiliza.

FRD. Aun seguían nuestras tropas a las huestes fugitivas cuando se escribió la carta; esto y el no haber noticias de don Pablo hacen temer que alguna bala enemiga abrevió ¡desventurado! la carrera de sus días.

ISA. ¡Ah! ¡Fundado es su temor!

JAC. Que lo tema y no lo diga. Parece que se deleita en afligir.

ELI. ¿Y no había más oficiales allí?

¿Qué razón nos autoriza a suponer que entre tantos tocó a don Pablo la china? Otro pudo ser el muerto; quizá el mismo que escribía tan gozoso.

JAC. ¡Oh! Sí. ¿Quién sabe?

Dice en su carta que él iba a marchar segunda vez contra la infame gavilla.

FRD. Pues bien; el uno u el otro [mas, ya no hay duda, han sido víctimas]. Tal vez entrambos! ¡Oh guerra!

guerra infausta, fratricida. ¡Pobres muchachos! ¡En fin, estaba escrito allá arriba! ¡Tos no han de dar vida a los muer-nuestras lágrimas tardías. Yo me voy a mis negocios. Esas cosas me contristan

sobremanera. De hoy más nadie me hable de política. Soy sensible. (A Jac, e Isa.)

¡Eh! No lloréis.

Dios guarde a usted, don Elías

Isabel, Jacinta, don Elías.

Maldita sea tu estampa

y otra vez sea maldita.

¿Por qué no lleva a una gruta

su negra misantropía?

Malo está ese hombre. Yo creo

que padece de ictericia.

(¡Mi Pablo! Será posible.

¡La prenda del alma mía!

¡Ah! ¡Qué amargura! Y el otro

El amable don Matías.

Lástima fuera por cierto.)

(Y ello... si bien se examina,

no es temerario el pronóstico.

Lo cierto es que los carlistas

no tiran con algodón.

Broma pesada sería

haberse muerto don Pablo

dejándome a mí «per istam»

sin cobrar aquella cuenta

y en circunstancias tan críti-

(Saber la verdad anhelo [cas.]

y tiemblo de descubrirla.)

(¡Tan bizarras y morir

en lo mejor de su vida!)

(Diez onzas me debe el uno

y el otro sólo una fina

amistad. ¡Si el uno de ellos

expiró, Virgen Santísima,

que sea el vivo don Pablo

y el difunto don Matías!)

(¡No quiero que nadie muera;

quiero que don Pablo viva,

aunque otra mujer le goce,

y yo me muera de envidia!)

(Dentro.) ¿Dónde están?

¡Qué oigo!

Esa voz.

Los mismos, don Matías,

¡Amigo!

¡Cielos!

¡Jacinta!

¡Bien venido el vencedor!

¿Y don Pablo?

¡Cuánto polvo!

Apenas hace una hora

que llegué.

Pero...

Usted solo.

Solo. Yo he traído el parte

de nuestro triunfo glorioso.

En casa del general

me han tenido hasta hace poco;
he abrazado a mi familia,
y sin quitarme este lodo
vengo a saludar a ustedes.
¿Y sabes que viene gordo,
Isabel? Pero don Pablo...

JAC. ¡Ah! ¿Qué es de él? ¿Vive?

ISA. El destrozó
MAT. del enemigo fué grande;
¡pero los humanos gozos
cuán rara vez son completos!
Cómo.

JAC. ¡Acabe usted!

ISA. El rostro
MAT. de la fortuna no siempre
sonríe al valor heroico.
Será posible.

JAC. ¡Ah! ¡Murió!

ISA. ¡Cumplióse el fatal pronóstico
JAC. de Froilán!

MAT. Siento afligir
a ustedes. Su ciego arrojo.
ISA. ¡Ay dolor! ¡Ay desventura!
(Se deja caer en una silla y llora.)
ELI. (Mi dinero!) ¡Pobre mozo!
JAC. Bien mi corazón temía.
MAT. Justo es, Jacinta, ese lloro;
mas si la flor de su vida
cortó el enemigo plomo,
al menos murió vengado,
y en los siglos más remotos
vivirá inmortal su nombre.

ISA. ¡Dios mío! ¡Salvarse todos
y él solo morir!

JAC. ¡Mi Pablo!

MAT. Persiguiendo a los facciosos
con más valor que cautela.
¿Y nadie le dió socorro?
¿Y quién detiene una bala
traidora? En su ciego encono
contra la servil caterva
se desvió de nosotros
demasiado cuando ya
la columna, después de ocho
o diez horas de pelea,
necesitando reposo,
se acantonaba triunfante
en los pueblos del contorno.

JAC. ¡Ah! ¿Quién se lo hubiera di-
ELI. ¡Infeliz!

ISA. ¡Cho?

(¡Diez onzas de oro!)

ISA. ¡Y abandonado en el monte
será presa de los lobos
su cadáver insepulto!
¡Y quién sabe si esos monstruos
ceban la impotente saña
en sus sangrientos despojos!

ELI. ¡Ah! (Queda abismada en su dolor.)
¡Qué horror! ¿Murió sin duda
«ab intestato?»

MAT. Supongo.
ELI. (Y no tenía herederos
forzosos. ¿De dónde cobro?
¿De quién reclamo? Ese hom-
estaba dado al demonio. [bre
¿A quién le ocurre morirse
sin arreglar sus negocios? (Se
sienta en otra silla junto a Isabel,
y de cuando en cuando la dirige la
palabra como para consolarla.)

MAT. También yo corrí peligro
de quedar allí,
JAC. (Con interés.) ¿Pues cómo?

MAT. Me pasó el chaco una bala,
y otra me alcanzó en el hombro;
JAC. ¡Cielos! ¿Fué grave la herida?

MAT. No; me lastimó muy poco.
Venía cansada. Y siento
no haber caído redondo
en el campo de batalla.
No diga usted despropósitos.
JAC. Más vale morir amado
MAT. que pasar el purgatorio
en vida siendo el objeto,
del menosprecio, del odio
de una ingrata.

JAC. ¿Y es posible
que cuando lloran mis ojos
la desgracia de don Pablo
usted me hable de ese modo?

MAT. ¡Ah! Si el muerto fuese yo,
no bañara usted su rostro
en lágrimas de amargura. [c
JAC. ¿Por qué no? ¿Soy algún tron
insensible?

MAT. Usted me dijo,
burla fué; bien lo conozco,
que me amaría a no estar
comprometida con otro.
JAC. Y crea usted. ¡Pero ay Dios!
dejemos ese coloquio.
Necesito desahogar
mi corazón en sollozos.
No debo pensar ahora
sino en mi Pablo. Aún le oigo
decirme el último adiós
tan tierno, tan amoroso.
¡Y eterna fidelidad
le juré yo! ¡Si de pronto
aquí se alzara su sombra
cuál sería mi sonrojo!

MAT. No. Don Pablo desde el cielo
aprueba nuestro consorcio.
Sabe usted lo que me dijo

(apelemos al embrollo)
cuando rompimos el fuego
contra el rebelde Canónigo?
«Tú eres mi mejor amigo,
Matías. Si cierro el ojo,
a ti dejo encomendada
mi Jacinta. Sé su esposo.
y el Ser Supremo bendiga
nuestro casto matrimonio.»
Eso dijo?

JAC.

MAT.

Ah, sí señora;
y lo dijo con un tono
de solemnidad profética
que llenó mi alma de asombro.

JAC.

MAT.

Pobrecillo! ¡Ay Dios! Ahora
con más motivo le lloro.
Yo también lloro y me aflijo,
y más cuando reflexiono,
Jacinta, que no merezco
heredar tanto tesoro.
Merecerlo... ¡ah! Sí.

JAC.

MAT.

¿De veras?
Esa palabra es el colmo
de mi gloria.

JAC.

¿Yo qué he dicho?
Por ahora nada respondo.
La memoria de don Pablo
es un cordel, es un tósigo
que me mata. Si algún día
la paz del alma recobro.
¡Bien mío!

MAT.

JAC.

¡Ah! Váyase usted.
(Bajando la voz.)

MAT.

JAC.

que no estamos entre sordos.
(Dice bien.)

Usted vendrá
fatigado, y es forzoso
descansar.
(Siguen hablando aparte.)
(No me responde.) (Se levanta.)
Veo que en vano la exhorto
a consolarse. ¿Y a mí? ¿mo
quién me consuela? Hoy no co-
de pena, aunque esto no en-
[traba

ELI

MAT.

en mis planes económicos.
Vámonos de aquí.) Señora.
Si viene usted hacia el Coso,
vamos juntos. Señoritas.
No olvide usted que la adoro.
(Bajo a Jacinta.)
Hasta luego. (Alto.)

JAC.

ELI.

Adiós, señores.
(Otra vez yo ataré corto
al que me pida dinero.
Sin recibo... y testimonio
de no morir insolvente.

no vuelvo a prestar al prójimo.
Isabel, Jacinta.

JAC.

¡Tú, Isabel, llorando así!
Me admira tu amargo duelo.
¿Habrá de darte consuelo
quien lo esperaba de ti?

ISA.

(Se levanta.)
¡Viendo en mi frente la pena
dices que admirada estás!
Yo debo admirarme más
de ver la tuya serena.

JAC.

ISA.

JAC.

ISA.

¡Ah, que es mucha mi aflicción
aunque ves mi rostro enjuto!
Cuando en el rostro no hay la
no hay pena en el corazón. ¡E!

Sabe el cielo...
Sabe el cielo
que en desesperado amor
no es verdadero dolor
dolor que pide consuelo.
No hipócrita al cielo impiores
¡Aun el cuerpo no está frío
del que te dió su albadrio
y de otro escuchas amores!

JAC.

Siempre me amó don Matías,
y aunque en tan mala ocasión
me recuerda su pasión,
yo no sé hacer groserías.
No es culpa mía, Isabel,
que ese muchacho me quiera;
ni porque Pablo se muera
he de enterrarme con él.
Yo le amé mientras vivió.
Si el cielo cortó sus días
y no ha muerto don Matías;
¿puedo remediarlo yo?

No es decir que esté dispuesto
a admitir amante nuevo,
aunque en justicia no debo
darle una mala respuesta.

Don Pablo, que era su amigo,
le dijo que si él moría
y yo en ello consentía,
se desposase conmigo.

Harto en mi dolor demuestro
cuán de veras he sentido [do
que se haya [ay de mí. cumpli-
aquel presagio siniestro;
mas yo ahora te pregunto,
si al otro llego a querer,
¿hago más que obedecer
la voluntad del difunto?

ISA.

¿Su voluntad? ¡Impostura!
¡Maldad! Quien de veras ama
con el amor que le inflama
desciende a la sepultura.
Si el pago que tú le das

sabido hubiera al morir,
pudieras maldecir,
¿pero olvidarte? ¡Jamás!
¡Así tu lengua le infama! [bre
¿Qué amante, si de este nom-
es merecedor, a otro hombre
deja en herencia su dama?
No; que es la dulce mitad
de su alma, y en la agonía
tras si llevaría querria
a la inmensa eternidad.

JAC. Tanta exaltación me asombra
y tan extraña amargura.

ISA. ¿Le amabas tú por ventura,
que así defiendes su sombra.
Le amaba. ¿Que digo? Le amo,
le idolatro todavía,
y él solo me arrancaría
las lágrimas que derramo.

El ignoró mi tormento—
¡triste ley de la mujer!—
y ni aun pude merecer
cortés agradecimiento.

Ahora sin rubor quebranto
del silencio la cadena;
ahora que la dicha ajena
no turbaré con mi llanto.

Ya no temo adversa suerte,
ni rivales, ni baldón.

Sagrada es ya mi pasión.
¡La divinizó la muerte!

JAC. ¿Tú le amabas, Isabel?
Absorta me dejas.

ISA. ¡Cielos!
¡Sin esperanza... con celos!
¿Hay suplicio más cruel?
Y otra vez le sufriría
aunque penando muriera
porque a la vida volviera

el dueño del alma mía.
Yo infeliz no borraré
su imagen de mi memoria.
¡Y tú que fuiste su gloria
le guardas tan poca fe!
Deja ya recorrvenciones.
No porque celos te di
te quieras vengar de mí
con importunos sermones.
¡Jacinta!

JAC.

ISA.

JAC.

¡Calla por Dios!

Amar sin consuelo es duro;
mas también es fuerte apuro
el verse amada por dos.
Mujeres hay más de diez
que a dos suelen contentar;
pero yo no puedo amar
más que uno solo a la vez.
Pues basta con un esposo,
querer a dos es punible;
pero mi pecho es sensible
y no puede estar ocioso;
iguales galanterías
debí a los dos de que hablo;
mas mientras vivió don Pablo
no quise yo a don Matías.
¿Y no será un desacierto,
si ahora de amarle me privo,
matar sin piedad al vivo
porque no se ofenda al muerto?
Su especial filosofía
cada cual tiene en secreto,
y pues la tuya respeto,
déjame en paz con la mía.
ISA. ¡Alma a quien el alma dí,
si a las dos nos escuchaste,
mira a qué mujer amaste!
¡Júzgala y júzgame a mí!

ACTO TERCERO

EL ENTIERRO

El teatro representa una plaza con fachada y puerta de iglesia. Entre las casas hay una cuyo portal está abierto y aluminado. En frente de dicha casa hay una barbería. Don Froilán, don Elías, Jacinta, don Matías. (Don Matías viene delante con Jacinta de brazo; los cuatro se dirigen al portal abierto. Todos con capas.)

MAT. Mucho sufriré esta noche,
Jacinta.

JAC. ¿Por qué lo dices?

MAT. Porque estás bella en extremo,
y vendrán de quince en quince
a colmarte de lisonjas
los que conmigo compiten.
JAC. ¿Qué importa, si solo a ti
el alma mía se rinde?

MAT. ¡Oh dicha! Sólo te ruego

que no bailes con el titere
de Ferminito.

JAC.

Contigo

solo, mi bien.

MAT.

Qué felices
seremos cuando el enlace
suspirado. (Sigue hablando en
voz baja con Jacinta. Los cuatro
se han parado junto a la puerta.)

Fro

¿Usted no asiste

ELI.
FRD.

(A don Elías.) al baile?
Tengo un asunto.
Pues yo también pienso irme
a la ópera y volver;
porque los bailes me embisten,
aun siendo de confianza
como este.

ELL.

A tales convites
soy yo poco aficionado.
Si además de los violines
hubiese cena. Lo digo
por la broma y por los brindis.
¿Qué hacemos aquí? ¿No su-
Vamos. (Entran en la casa.) [bes?
Ea, divertirse.

JAC.
FRD.
ELL.

Hora es de entrar en la iglesia,
y aunque un funeral es triste
función, Isabel la paga,
y basta que ella me fise
sus secretos y yo sea
su amigo y correvedile,
para acompañarla pío
hasta el postrer «parce mihi».
(Las campanas tocan a muerto.)
Esa fúnebre campana
me recuerda ¡ay infelice!
mis diez medallas difuntas;
y a fe que no se redimen
las ánimas de esa especie
con responsos ni con Kiries.
¿Y habré de rezar al muerto
después que fué tan caribe
que se llevó al otro mundo
mis pobres maravedises?
Si al menos, en justo premio
de un esfuerzo tan sublime,
ya que Isabel no me dé
su mano y su dote pingüe,
me confiriese el empleo
de su curador «ad litem...»
Pero en el templo me espera.
Vamos. ¡Ah! ¡Qué bella efígie!
¡Lástima de criatura!
¡Por un muerto se desvive,
cuando suspira por ella
un vivo de mi calibre! (Al entrar
don Elías en la iglesia llegan ha-
blando don Antonio y sus amigos.
Oyese otra vez la campana.)

Don Antonio, don Lupericio, don Mariano.
Luego El barbero.

ANT.

La noche no está muy fría.
No entremos, que aún es tem-
prano.

LUP.
MAR.
LUP.

¿Dónde encenderé este haba-
Ahi está la barbería. [no?
Dices bien. ¡Ave María!

BAB.

(A la puerta y sale el barbero.
¿Podré encender este puro?
¡Señor don Lupericio Muro!
ya sabe usted que en mi casa
(Entre y vuelve a salir al momento
con la luz; enciende en ella su ci-
garro don Lupericio y se la vuelve.)

Dame esa luz, Nicolasa.
¿Va usted de baile? Seguro.
Sí; subiremos después.

LUP.
BAR.

Cuidadito, que el demonio...

¡Hola! Está ahí don Antonio
y don Mariano. (¡Qué tresl)

Ofrezco a ustedes cortés
la justa hospitalidad,
la cena, la facultad,
conversación, la guitarra.
(En voz baja a sus amigos.)

ANT.

¡No, que el oído desgarral!
Gracias, maestro. Escuchad.
(Saludan al barbero y se pasean
conversando en voz baja)

BAR.

Yo celebro que en la plaza
prefieran pasar el rato,
porque entre ese triunvirato
no podría meter baza.
Tienen lenguas de mostaza,
sobre todo el cocodrilo
de don Antonio. ¿Hay asilo
que de su pico defienda
la honra? No hay en mi tienda
navaja de tanto filo. [bero,
Que hable y murmure un bar-
eso es moneda corriente;
¡pero ser tan maldiciente
un ilustre caballero!
Ya se ve; el ocio, el dinero,
(Se oye la música del baile.)

¡Hola! El violín se hace rajás,
y entre tanto las barajas...

¡Qué inmundicia! ¡Qué vicio!

Mas cada cual a su oficio.

Afilemos las navajas.

(Al entrar el barbero en su tienda
aparece embozado don Pablo.)

PAB.

Los mismos, don Pablo.
Por aquí atajo camino.

Tiro después a la izquierda.

¡Oh Jacinta! ¡cuál va a ser
tu alegría, tu sorpresa!

Quizá no haya recibido
mis cartas; quizá me tenga
por muerto. De todas suertes
es imposible que sepa

millegada. Entrar de incógnito
ha sido feliz idea,

y aparecerme en un mesón.

Antes que llegue a su puerta
quiero besar otra vez
su adorada imagen bella.
(Saca el retrato y lo besa.)

¡Bien mío! ¿Serán iguales
tu hermosura y tu firmeza?
¡Ah! No lo dudo. Volemos.
(La música no ha cesado. Las cam-
panas vuelven a sonar.)

¿Mas qué campanas son esas?
¡Tocan a muerto! Con malos
auspicios vuelvo a mi tierra.
No he temido en la campaña
a balas ni bayonetas,
y sin poder remediarlo
esas campanas me aterran.

¡Por cierto que es miserable
la humana naturaleza!—

¡A muerto, sí! En ese templo
están celebrando exequias.

¿Si entraré? Mejor será
preguntar en esta tibia.
«¡Deo gratias!»

BAR. (Saliendo.) Adelante.

La navaja está dispuesta.
Entre usted. Le afeitaré
con primor y ligereza.

PAB. No lo necesito. Gracias.
Parece que en esa iglesia
hay entierro. Sabe usted
quién es... digo mal, quién era
el muerto?

BAR. Don Pablo Yagüe, ¿veras?
PAB. ¡(Demonio!) ¿Habla usted de
BAR. Lo que oye usted, sí; don Pa-
natural de Carriñena, [blo,
vecino de Zaragoza,
hacendado, hombre de letras,
de estado soltero, edad
como de veintiocho a treinta,
oficial movilizado,
buen mozo, etc., etc.

AB. (Peregrina es la aventura;
y el hombre da tales señas.
Lo más singular del dase
es el ser yo a quien lo cuenta.)

BAR. Ya nadie ignora su muerte;
ni aun los niños de la escuela.

PAB. ¡Bravo! Puede ser que yo
me haya muerto y no lo sepa.)

BAR. Parece que usted se aflige
al oír tan triste nueva.

PAB. ¡Todas las malas noticias
que oiga yo sean como esa!
BAR. ¡Qué dice usted! Con que un
[muerto...

PAB. Díos le dé la gloria eterna:

pero yo llorara más
la muerte de otro cualquiera.

BAR. ¡Hombre! ¿Por qué?
PAB. Yo me entiendo.

BAR. ¿Ha muerto aquí?
No. En la guerra;

en la gloriosa jornada
de los campos de Gadesa.
Murió como un Alejandro
después de hacer mil proezas.
Cargó él solo a un batallón
y le quitó la bandera.

PAB. ¡Cáspita!

BAR. Treinta facciosos
le atacan, ¿y él qué hace? Cie-
con todos y a veinticuatro [rra
deja tendidos.

PAB. ¡Aprieta!
BAR. Al fin sucumbió. ¡Qué lástima!

Un mozo de tantas prendas.
PAB. ¡Ah! ¿Le conocía usted?

BAR. No señor; y es que, a la cuenta,
se afeitaba solo. Pero
todo el mundo le celebra.

PAB. ¡Después de muerto! ¿Verdad?
(Vuelve a oírse el son de la cam-
pana sin cesar el de la música.)

BAR. Yo le diré a usted.
(Los tres paseantes se paran en
corrillo cerca de la barbería.)

LUP. ¡Aún suenan
las campanas. Pobre Pablo!

BAR. Su muerte me causa pena.
Justamente esos señores
hablan del muerto.

PAB. Quisiera escuchar...
BAR. Pues entre usted

en el corro con franqueza.
Son parroquianos y amigos.

PAB. No quiero yo que me vean.
BAR. ¿Por qué?

PAB. Tengo mis razones.
Si no mienten mis sospechas
usted es pariente del muerto.

PAB. Algo hay de eso; sí.
BAR. Por fuerza.

(Cuando vi que se alegraba
de oír el «requiem eternam»
dije para mí al momento:
este es de la parentela.)

PAB. Y allí hay música.
BAR. Es un baile.

PAB. ¡Este es el mundo!
MAR. Mi lengua. (Don Pablo aplica el
oído sin desembozarse.)

Siempre elogiará a don Pablo.
¡Qué talento aquel!

ANT.

- LUP. ¿Qué amena conversación!
- MAR. ¿Qué donaire!
- BAR. ¿Lo oye usted?
- PAB. Sí.
- ANT. ¿Qué nobleza de sentimientos!
- LUP. Su bolsa para todo el mundo abierta.
- PAB. Esos que ahora le alaban le quitaban la pelleja cuando vivo: yo lo sé. [sa Maestro, al que está en la hue-nadie le envidia! (Cesa la música.)
- BAR. En efecto; siempre oigo decir lindezas de todos los que se mueren.
- ANT. Dices bien. No lo creyera de don Matías. ¿Qué acción tan indigna! ¿Qué bajeza! Solicitar a Jacinta. (¡Qué oigo!)
- PAB. ¡Habiendo sido prenda de su amigo y camarada!
- ANT. ¡Ah traidor amigo! Y ella.
- PAB. ¡Oh! No; no es posible. Oiga-mos.
- LUP. ¡Ahora que más me interesa oírlos, bajan la voz! (Don Froilán sale de la casa de baile, atravesada y al emparejar con los del corrillo le reconoce don Antonio.)
- LUP. No vi ingratitud más negra.
- ANT. Los precedentes, don Froilán.
- ANT. ¡Don Froilán! ¿Adónde bueno?
- FRO. ¿Ya deja usted el baile?
- FRO. Es fiesta que me fastidia y me apesta. Prefiero estar en el sereno. Diversión es el bailar expuesta a mil contingencias. Sus fatales consecuencias he visto a muchos llorar. Ya pincha como lanceta el alfiler de un justillo; ya se disloca un tobillo al hacer una pirueta; ya, por estar ajustado, se revienta el pantalón, ya encaja mal el balcón y entra un dolor de costado. El ruido, la barahunda le vuelven a un hombre loco. Y no es difícil tampoco [da que se abra el techo y se hunda.
- LUP. Todo es triste para él. (Bajo a don Mariano.)
- ANT. ¿Y las hermanitas bellas? Allí estarán.
- FRO. Sí; una de ellas. (Cielos. ¡Oh! Será Isabel.)
- PAB. ¿Es Jacinta?
- ANT. Justamente.
- PAB. (¡Ah!)
- MAR. ¿Cómo no están las dos?
- PAB. (¡Ella baila, justo Dios, y yo de cuerpo presente!)
- FRO. ¿Baila la otra? Ni el nombre sufriría. Es tan adusta.
- BAR. Pues mire usted, a mí me gusta. (En voz baja a don Pablo. Ambos se mantienen a la puerta de la tienda distantes de los demás.)
- PAB. Silencio.
- ANT. ¿Quién será este hombre?
- ANT. ¿Y don Matías, el fiel adorador de Jacinta?
- FRO. Tierno está como un Aminta.
- ANT. ¿Y ella?
- FRO. Se muere por él.
- PAB. (¡Esó más! ¡Pérfida! ¡Ingratos!)
- LUP. Boda habrá.
- FRO. ¿No la ha de haber?
- PAB. Mañana al anochecer se celebran los contratos.
- ANT. (¡Muérete y verás! ¡Ah perral!)
- ANT. Pero amigo, usted confiese que es infamia. (Si lo viese el que está pudriendo tierra! Sin razón se quejaría, porque ¿qué mal hay en esto? Nada. A rey muerto rey pue-Lo demás es bobería. [to. (Suena otra vez la campana.)
- PAB. (¡Habrá pícaro!)
- FRO. ¿Qué diablo!
- PAB. Me aturde ese campaneó.
- FRO. ¿Es sermón, o jubileo?
- MAR. No. Las honras de don Pablo.
- ANT. ¿Pues qué! ¿usted no lo sabía?
- FRO. ¿Qué he de saber? No por cier-[to.
- LUP. Pues ya. Sabiendo que el muer-es don Pablo, asistiría. [to.
- FRO. No tal. Tengo mil asuntos. Es muy triste un ataúd. No poseo la virtud de resucitar difuntos.
- PAB. (¡Bribón! Aunque tú no quie-resucitaré, y tres más; [ras, y mañana sentirás que no haya muerto de veras.)
- FRO. Ya al solemne funeral el domingo asistiré yo

que por su alma celebró
la Milicia nacional.
¡Dos entierros! ¡Qué boato!
¿Tanto valía su nombre?
¡Dos entierros para un hombre
que falleció «ab intestato»!
¡Qué tío!

BAR. (Por Dios, maestro!
Haciéndole callar.)

FRO. Y es todo en vano. Yo sé
que al otro mundo se fué
sin rezar el Padre Nuestro.

El buscó su muerte; sí,
y por eso no me aflige.

Yo su horóscopo le dije
y no hizo caso de mí.

PERO, hombre.

Las ocho. Adén llevo
al acto segundo. Estoy
convidado. Ea, me voy
a la ópera. Hasta luego.

Los mismos, menos don Froilán.

BAR. ¿Qué entrañas tiene!

Es nefando.

Y predica como un trile!

Basta. ¿Vámonos al baile?

Sí, sí. Ya estarán tallando.

(Se entran en la casa del baile.)

Don Pablo, el Barbero. (Don Pablo se queda
pensativo.)

BAR. ¿Sabe usted que el don Froilán
es hombre de mala estofa?

El egoísta agorero

le llaman en Zaragoza.

¡Miren que disculpa da

para fallar a las honras

del que iba a ser su cuñado!

Y eso que, según me informan

le hizo el muerto mil favores.

¡Pues, digo! también la otra,

que al son del «luceat eis»

bailando está la gavota

y con el pérfido amigo

Por vida de Iturralde.

Yo quiero su secreto, no su barba;

y por salir de dudas

consintiera en rapársela de balde.

¡Señor! Qué extraño ente

es este, que una sola «Ave María»

no reza por el alma de un pariente,

y luego si otra lengua

a escarnecer se atreve su ceniza

¡cual si oyera a Luzbel se escandaliza?

Calla su nombre, oculta su semblante,

si habla del muerto, aplica las orejas

y las cierra a la fúnebre salmodia.

¿Y qué le importa, en fin, que el otro cante

concierta alegre la boda!

Y luego si uno murmura

dirán. (Pero no se toma

la molestia de escucharme.

Extravagante persona

es este «quidán.»)

(Estoy
por subir, y a esa traidora...

Pero más que ella me irrita [la

su hermano. ¡Pues no hace mo-

de mi muerte! A bien que prome-

se convertirá en congostas [to

y lamentos el sarcasmo

con que a los muertos baldona.

Aquí le traigo yo un «récipe»

que no ha de tomarlo a broma.

Pero el castigo, aunque duro,

no satisface mi cólera.

Yo quisiera otra venganza

más directa: mía sola.

¡Ah! ¡Qué idea tan feliz!

Mi escribano Ambrosio Mor

viva al volver esa esquina;

don Froilán está en la ópera.

Voy volando.) Abur, maestro.

Felices noches. (Ahora

se va y me deja en ayunas.)

PAB. ¿Oyó usted a aquella boca

excomulgada insultar

al que está bajo la losa?

Sí; el tal don Froilán.

PAB. Pues luego

cantará la pallodia. [mo?

¿De veras? Diga usted. ¿Cé-

Es un secreto.

No importa.

Vamos... yo no lo diré...

Sino a toda la parroquia.

No tal. Yo soy...

Excelente barbero.

Usted me sonroja; mas...

Cuente usted con mi barba

si me quedo en Zaragoza.

o deje de cantar la palinodia?

Ello, el asunto es serio.

Un embozado, un muerto, un maldiciente.

¿Si aclarar no consigo este misterio,
qué me dirá después el parroquiano?

¿Qué valdrán mi facundia y mi prosodia
si no puedo nombrar a ese fulano
ni acierto a definir la palinodia?

El barbero, don Elías.

ELI.

¡Hermosa criatura! Con el llanto

que a otras afea tanto,
se aumenta de su rostro peregrino
el seductor encanto.

Por no ofender a Dios salgo del templo

¡Oh, ciegos pecadores,
de mi austera virtud tomad ejemplo!
Otro en el dulce error se obstinaría;

mas yo ni aun en la senda del pecado
abandono la sabia economía.

¡Ya que es pecar sin fruto
el adorar las dotes... y la dote!
de ese hermoso portento,

pongamos al amor veto absoluto,
y demos otro giro al pensamiento.

Diez onzas. ¡Ay! Cabaletas
tres mil doscientos reales.

¡Fatal recuerdo! ¡El corazón le odia
y siempre ha de venir a atormentarme!

BAR.

No puedo echar de mí la palinodia.

ELI.

Maestro, buenas noches.

(Don Elías llega paseando a la puerta de la barbería.
Suenan por última vez las campanas.)

BAR.

¿Sanguijuelas?

¿Un repaso a la barba?

ELI.

No, amigo. Mi dolor...

BAR.

¿Dolor de muelas?

ELI.

¡Ah!

BAR.

Si hay caries, afuera; es muy sencillo.

Prepararé el gatillo.

ELI.

¡Por Dios y por las ánimas benditas!

Ya me han sacado ¡diez! No de la boca.

¡Ojalá!

BAR.

¿Pues de dónde?

ELI.

¡Del bolsillo!

Oígame usted; le contaré mis cuitas.

Ese hombre a quien entierran...

BAR.

A propósito.

Un embozado aquí que, por lo visto,

es su pariente...

ELI.

¡Ah! ¿Le dejó en depósito

alguna cantidad? ¿Es su albacea?

BAR.

Lo contrario barrunto,

porque habló con desprecio del difunto.

ELI.

¡No hay esperanza!

BAR.

Ese hombre misterioso.

Quizá usted le conozca, don Elías.

Quizá usted que era amigo de don Pablo...

ELI. ¡Enhorabuena se lo lleve el diablo;
mas también mi dinero!

JAR. A lo que entiendo,
él tiene trazas de mover un cisco...
Con don Froilán es toda su ojeriza.

ELI. ¡Sepultadas mis onzas en el fisco!
A! pensarlo me tiro de las greñas,
y bramo de furor.

BAR. Daré las señas. Es alto, es rubio.
ELI. No; no le perdono.
¡Su muerte fué un suicidio!
Militar parecía.

BAR. ¡Se ha matado
por llevarse a la tumba mi subsidio!
Hombre de buena edad, grueso...

ELI. ¡Mentira.

BAR. Perdone usted...
ELI. ¡Mentira! ¡No he rezado
aunque usted me haya visto, ¡mal pecado!
salir del templo.

BAR. ¡Dale!
¡Si yo no hablo del muerto! Hablo del otro.
Al despedirse dijo...

ELI. Maestro, aquella tumba era mi potro,
y el duelo era un sarcasmo, una parodia.
Dijo que don Froilán...

BAR. ¡Pérfido! ¡Ingrato!
ELI. Cantaría...

BAR. ¡Ay de mí!
ELI. La palinodia.
Su muerte...

BAR. ¡Oigame usted!
ELI. ¡Es una afrenta!
¡Pero, hombre!
¡Bancarrota fraudulenta!
¡Oh! quedarme prefiero
con mi curiosidad.

ELI. Yo...
BAR. ¡Basta, basta!
¡Atajar la palabra de un barbero!
Es que...

ELI. ¡Maldita, amen, sea tu casta!
BAR. (Se entra en la tienda y la cierra por dentro. Cesan las campanas.)

Don Elias.
¡Cierra la puerta y me planta!
¿Qué diablos tiene ese hombre?
¿Prestó también al difunto
y perdió sus patacones?
Mas huele a cera apagada;
las campanas no se oyen.
Vamos, se acabó el entierro,
y pues yo hago los honores
funerales, despidamos
el duelo.
(Se coloca a la puerta de la igle-
sia y van saliendo varias personas

de luto, hombres y mujeres, a quie-
nes saluda compungido.)
UNA MUJ. Dios le perdone.
ELI. Amén. Gracias. Caballeros...
Señoras...
UN HOM. Felices nóches.
UNA MUJ. Dios le dé la gloria eterna.
ELI. Así sea.
UN HOM. ¡Pobre joven! [des
ELI. Que Dios se lo pague a usted.
(mejor que él a mí). Señores.
UNA MUJ. Beso a usted la mano.
ELI. Amén.

- Digo; gracias.
- UN DEVO. (Rezando.) «Pater noster.»
- ELI. Gracias por mí y por el muerto,
¡Qué tormento! Echo los bofes
de rabia, y tengo que hacer
cumplidos.)
- UNA VIEJA REZAGADA. «Ora pro nobis.»
- ELI. Abur; Isabel no sala.
¿Pensará pasar la noche
en la iglesia? ¡Ah! Ya está aquí.
- Isabel, don Elias, Ramón. (Isabel estará ve-
tida de luto; Ramón trae una linterna encen-
dida. Suenan otra vez los violines.)
- ISA. ¡Aún bailan! ¡Qué corazones!
Ten piedad de ellos, Dios mío
Suspende el terrible golpe
de tu justicia por más
que su maldad le provoque.
- ELI. ¡Oh Isabel, Isabelita!
Usted es un ángel.
- ISA. ¡Pobre
don Elias! Usted es fiel
a la amistad. ¡Alma noble,
alma sensible y piadosa!
- ELI. No merezo esos lauros.
Crea usted...
- ISA. Olvidan otras
sagradas obligaciones,
y usted que nada debía
a don Pablo.
- ELI. ¿Yo de dónde?
- ISA. Al contrario.
- ELI. Pero Dios
premia las buenas acciones.
- ELI. Yo confío en su infinita
misericordia. (Este postre
me faltaba.)
- ISA. La que fué
su delicia, sus amores,
su único bien, ni aun escucha
el son del místico bronce
que anuncia su funeral.
Ceñida la sien de flores,
no deposita una sola
sobre la tumba del hombre
que la adoró. Ni un suspiro
lanza aquel pecho de roble,
si no a la grata memoria
del que iba a ser su consorte,
siquiera al sincero amigo,
siquiera al valiente joven
que el alma rindió invocando
de patria y de amor el nombre.
Bien haces. Dios no se paga
de sacrilegos clamores.
No insultes ¡ay! a su sombra.
Dulcía que en paz repose.
- Ingrata mujer; no mundes
a tus ojos que le floren
si en otro semblante luego
se han de fijar seductores.
Más puro será mi llanto,
más veraz, y desde el orbe
celestial quizá benigno
mi Pablo amado le acoge.
Mi tálamo es su sepulcro.
Deja que en él me corone
yo sola. Yo sé que su alma
al alma mía responde,
y pues yo la he merecido
más que tú, no me la robes!
(El sacristán sale de la iglesia,
cierra la puerta y se retira. Sigue
la música.)
- ELI. ¡Ah, señora! Yo tendría
un corazón de alcornoque
si no derramase lágrimas...
(por más cuarenta doblos.)
Pero al fin. ¿Cómo ha de ser?
Aunque usted gima y solloce,
Dios lo hizo. No hay esperanza
de que su fallo revoque.
Y ya han cerrado la puerta
y sopla un viento de norte...
(Isabel se arrodilla en el umbral de
la puerta y cruza las manos en ac-
titud de orar.)
(No me escucha; se arrodilla
en los yertos escalones,
y orando por el difunto
estatua parece inmóvil.
¡Oh Virgen Madre, que ruegas
por nosotros acreedores!
¿merece un muerto insolvente
tan devotas oraciones?)
Los mismos, don Pablo,
Ya ha recibido el papel;
ya es otro hombre; ya me flora.
¿Qué apostamos a que ahora
soy un santo para él?
¡Otra vez en el salón
suenan la música impii!
¡Oh vil, infame alegría!
Oprobio... ¡Prostitución!
¿Y no arrojaré del pecho
al ídolo torpe, ingrato?
(Saca el retrato, lo despedaza y lo
pisa.)
¡He aquí su falaz retrato!
Caiga a mis plantas deshecho.
Si un día fui tu cautivo,
ya no, mujer inconstante.
Quien vende muerto al amante
venderá al esposo vivo.

¿Qué se diría de mí
si me rindiésemos al dolor?
Entierra, Pablo, al amor,
pues te han enterrado a ti.
Engañadora sirena,
te creí sincera y firme.
¡Pues si acierto a no morirte,
como hay Dios que la hago bue-
Olvidemos a la infiel; [na]
que si airado resucito,
¿qué haré con alzar el grito?
Un ridículo papel.

Vuelva a mi pecho la calma;
y pues soy muerto viviente,
voy a ver qué buena gente
pide al cielo por mi alma.
Y a fe que, si al catecismo
doy un repaso, quizás
tampoco estará de más
que yo me rece a mí mismo.
¡Vaya que es rara aventura!
Para mí es niño de teta
el austero anacoreta
que cava su sepultura.
Más eco hará en los anales
el nombre de un ciudadano
que concurre vivo y sano
a sus propios funerales.
(Da algunos pasos hacia la iglesia,
siempre embozado, y se para.)
Por hoy ya no puede ser,
que la iglesia está cerrada.
¡Mas qué veo! ¡Arrodillada
al umbral una mujer!
¿Quién será el alma bendita
que así me llora insepulto?
En este esquinazo oculto
observaré.

¡Isabelita!
¿Si será la hermana bella
de Jacinta? No. A qué asunto
suspirar por un difunto
que en su vida. ¡Pues es ella!
(El criado que se pasea silencioso
con la linterna en la mano pasa
por junto a Isabel y la reconoce
don Pablo. Cesa la música.)
¡La otra tan malas entrañas
y esta adorando mi nombre!
No hay como morirse un hom-
para ver cosas extrañas. [bre
Sombra que amo y reverencio,
perdóneme si llorosa
interrumpo de tu losa
el venerable silencio.

¿Qué oigo!
Más grata oblación

dírate la amada prenda;
mas no rehuses la ofrenda
de mi tierno corazón. [Isabel]
(Me amaba, me ama. ¡Oh por-
Si de una triste mortal
desde el trono celestial
oyes benigno el acento,
no a Dios le pidas que yo
deje, sin dejar el mundo,
el dolor veraz, profundo
que tu muerte me infundió.
No turbe, no, mi quebranto
las delicias de tu Edén;
que Dios ha puesto también
gloria y delicia en el llanto!
¿Qué alma! ¡Y no la conocí!)
¡Pídele sólo al Señor
que eterno sea el amor
con que el alma te rendí:
que nunca humana flaqueza
me conduzca a no quererte;
antes un rayo de muerte
caiga sobre mi cabeza!
(Calla y contemplativa alza los
ojos al cielo.)
No puedo más! ¡Qué pasión!
Yo llevo. ¡Oh ventura mía!
(Deteniéndose.)

Mas la súbita alegría
tal vez...

(Después de un profundo suspiro.)
Vámonos, Ramón.

Los mismos, don Froilán.
Entremos. Aún será tiempo.
Pero la iglesia cerraron.

(Ya está aquí mi hombre.)
[Isabel]

¡Don Elías! ¿Cómo os halló
a estas horas por aquí?
¿Salís del entierro acaso?
¡Ah! Si; no hay duda. Ese luto.
Parece que se ha acabado
el funeral.

Si señor.
¡Y fué para mí un arcano!
Por qué no habérmelo dicho,
y mis ardientes sufragios.
¿A qué, si ya en otra tumba
le habías tú sepultado
más profunda?

¡Yo! No lo entiendo.
[En el olvido]

¿A mí Pablo?
¿Al mejor de mis amigos?
¿A quien ya llamaba hermano?
(¡Para el necio que te creas)
¿Pues si le quería tanto?

ELI.
PAB.

ISA.

PAB.
ISA.

PAB.
ISA.

PAB.
ISA.

PAB.

ISA.

FRO.

PAB.

FRO.

ELI.

FRO.

ISA.

FRO.

ISA.

FRO.

PAB.

FRO.

PAB. Poco he dicho. Le adoraba.
 (No sé cómo no le mato.)
 ELI. ¡Extraña metamorfosis por cierto!

FRO. ¡Tan buen muchacho!
 ¡Ah! Me nombró su heredero.
 ELI. ¿Qué dice usted?

FRO. Aquí traigo su postrera voluntad.
 PAB. (Eso no, que ya he tomado mis medidas por si muero antes de reir el chasco.)
 ELI. ¡Usted su heredero!

FRO. Sí.
 ELI. ¿No habla de otros legatarios el testamento? ¿O de deudas?

FRO. No. Todo me lo ha dejado.
 ¿Qué mucho si nos unió desde los primeros años la dulcísima amistad cuyos halagüeños lazos?...
 PAB. (Hipocritón!)

FRO. Nuestras almas llenaron siempre de encantos? Vea usted, y yo creía...
 ELI. ¡Ay caro amigo! Este rasgo de cariñosa bondad hace mayor mi quebranto.
 FRO. ¿Qué son todos los tesoros del mundo si los comparo con la delicia de verte, de hablarte? Mi acerbo llanto no podrá, ¡triste de mí! arrancarte al duro mármol que te esconde.

ISA. ¡Calla, impío!
 ¡Blasfemo, sella los labios!
 Guárdate el oro que heredas y no turbes el descanso de aquella alma generosa que acaso estará penando porque tan mal empleó sus dádivas.

FRO. Ese agravio...
 ISA. ¡Calla por piedad! No me hastego del vil escarnio [gas con que insultas las cenizas de tu bienhechor. Huyamos. (¡Ah, qué ángel!)]

PAB. Oye.
 FRO. Si usted quiere servirse del brazo.

ISA. ¡No! Sola me quiero ir.
 Detesto al linaje humano.
 ¡Perfidia, maldad, bajeza [blo! donde quiera! ¡Ay Pablo, Pa-

Don Pablo, don Froilán, don Elías.

PAB. (¿Es sueño acaso? ¿Es delirio? ¿Tanto amor!)

FRO. ¡Qué sin razón!
 ¡Qué ruin interpretación de mi profundo martirio!
 ELI. Y en efecto, el testamento...
 FRO. ¡Ah! ¡Cuánto dolor me cuesta!
 Y ahora volver a esa fiesta. He aquí mi mayor tormento. Mas debo forzosamente acompañar a mi hermana. [na, La herencia es más que media-y usted que era ya pudiente... Yo baile, oh Dios, yo concier-

to, cuando mi pena es tan grave
 ELI. Yo tenía, usted lo sabe, relaciones con el muerto.
 FRO. No toque usted ese punto, que mi aflicción...

ELI. Sin embargo...
 Usted debe hacerse cargo de las deudas del difunto.
 FRO. ¿Cuándo volverá la calma a mi pecho?

ELI. El me debía unos cuartos...
 FRO. Noche y día he de rezar por su alma.
 PAB. (El diálogo me divierte.)
 ELI. Si me olvido, no es portento, que sin duda el testamento lo hizo...

FRO. ¡Antes de su muerte!
 ELI. Ya, sí.
 FRO. ¡Mi alma se destroza!
 ELI. ¡Diablo de hombre! Yo de-Lo dejo en la escribanía [cia. al salir de Zaragoza.
 FRO. Bien, y luego.

ELI. ¡Amigo fiel!
 Aunque venda mi camisa, mañana docientas misas mandaré rezar por él.
 PAB. (Eso me encuentro. Por Dios que de él no esperaba tanto.)
 ELI. Mas yo le hice un adelanto.
 FRO. ¡Ah! Sí; floremos los dos.
 ELI. Pero...

FRO. ¿Con ojos serenos quién ve a su amigo morir? Pero usted puede decir: los duelos con pan son menos. ¿Y quién vuelve a mi escritorio el dinero?

ELI. [rio
 ¡Acerba llaga, cruel!
 Alma que no paga

no sale del purgatorio.
Diez onzas.

PRO. No cuestan tanto
las doscientas misas.

ELI. ¡Oh!

PRO. A peseta.

ELI. No hablo yo de misas.

PRO. Me ahoga el llanto.

(Hablando, han llegado a la casa
del baile.)

ELI. Oiga usted.

PRO. (Ya dentro del portal.)

Ni a hablar acierto. ¡Adiós!

Hombre.

PRO. ¡Pobre Pablo!

ELI. ¡Me plantó! Lleveos el diablo

a ti, a la herencia y al muerto.

Don Pablo, don Elías, (Llega don Pablo por
detrás de don Elías y le toca en el hombro.)

PAB. Tenga usted más caridad

con los difuntos.

ELI. (Volviéndose asustado.) ¿Qué voz

Si yo creyera en visiones

diría... (Reconociéndole.)

¡Sí; él es! Favor.

PAB. ¡Silencio! No soy fantasma.

Vengo...

ELI. De parte de Dios

te digo, sombra iracunda...

PAB. No hay tal sombra. Vivo estoy.

Acérquese usted sin miedo.

Tenemos que hablar los dos.

ELI. Si en el otro mundo penas

como en este peno yo,

al heredero le toca

procurar tu redención;

no a mí, difunto don Pablo;

a mí que soy tu acreedor,

a mí...

PAB. Basta. Sabe usted

que soy hombre de razón,

y si yo me hubiera muerto,

no lo negaría, no.

Caí herido de un balazo

en medio de la facción.

Sin duda al verme tendido

sin aliento y sin color

todos me dieron por muerto

sin más averiguación;

y como nadie después

de mí ha sabido hasta hoy,

no extraño que en mis exequias

haya graznado el fagot.

Recobrando mis sentidos

con el frío y el dolor,

medio vivo, medio muerto,

me levanté del montón.

En vano pedía auxilio;

nadie escuchaba mi voz.

Por fin llegué como pude

a la choza de un pastor.

Por buena suerte la herida

no era mortal aunque atroz.

Aquella familia honrada

tuvo de mí compasión,

y curándome en sigilo,

sin botica y sin doctor,

me libertó de las uñas

de «Tristany» o «Caragol».

Recobradas ya mis fuerzas

mi marcha emprendo veloz

de regreso a Zaragoza,

y hoy llego a puertas de sol

para reir desengaños

de este mundo pecador.

¡Es posible! ¡Ah! Mi alegría...

Usted es un hombre de pro.

Usted ha rezado en mi entierro.

ELI. ¡Oh! Sí: con mucho fervor.

PAB. Y gracias por su cristiana

misericordia le doy. [to.

Sólo a usted me he descubierto.

Usted me hace sumo honor.

Mas nadie sepa que vivo

hasta mejor ocasión.

Usted sabrá mis proyectos,

y cuento con su favor

para llevarlos a cabo.

Sabe usted que siempre estoy

a su obediencia. A propósito:

el papel que se quedó

sin firmar... Aquí lo traigo.

Si a la luz de este farol

(El que habrá en el portal de la

casa donde se baila.)

quisiera usted... Pediremos

un tintero.

PAB.

¿No es mejor

que se venga usted conmigo

y le daré en el mesón

las diez onzas consabidas,

los réditos y otras dos

en muestra de gratitud.

ELI. ¡Oh qué bello corazón!

PAB. Justamente ya ha debido

cobrar mi administrador

unas letras.

ELI.

No es decir

que yo tenga prisa, no.

Sólo por acompañar

a usted. (Dios de Sabaoth,

no me le mates ahora!

Cumpla su buena intención!)

Vamos.

PAB.

ELI. Abriguése usted.
(Componiéndole el embozo de la capa. Don Pablo tose.)
¡Cuidarse! ¿Qué es eso? ¿Tos?
PAB. No es nada.
ELI. Es que usted estará delicado; y el pulmón...

PAB. (Miénndose.)
Cálmese usted, don Elías,
que mi palabra le doy
de no morirle otra vez
sin pagarle.
ELI. ¡(Oigate Dios!)

ACTO CUARTO

LA RESURRECCIÓN

La decoración del acto segundo.

Don Pablo, don Elías. (Entran con precaución. El teatro está obscuro.)

PAB. Si alguno nos ha observado...
ELI. Sólo lo sabe Ramón,
y ese es de satisfacción.
Puede usted entrar descuidado.
Jacinta está de jolgorio
con su novio y los amigos
que servirán de testigos
para el impio casorio.
Luego que apuren los platos
del opíparo banquete
vendrán a este gabinete
para firmar los contratos.
Isabel...

PAB. No fué posible
hacerla entrar en la fiesta.
La maldice y la detesta
como sacrilegio horrible.
ELI. ¡Pobrecilla! ¿Y don Froilán?
Muerto está de pesadumbre;
mas, ya se ve; la costumbre,
la etiqueta, el «qué dirán».
PAB. Al bien y al mal se acomoda
esa frase; y qué ha de hacer
quien por fuerza ha de escoger
entre un duelo y una boda?
ELI. Ya, ¡pero entre el mundo y
[Dios,
don Froilán gime! y devora;
luego apura el vaso... y llora,
y así cumple con los dos.
¿Está todo preparado?
PAB. Todo como usted desea.
ELI. Sentiré que alguien me vea.
PAB. ¿Cómo? En un cuarto excusa-
[do.
PAB. Quisiera un instante hablar
con Isabelita. Pero
prepárela usted primero.
ELI. Entiendo. Vóila a buscar.
Pues llevan largo el convite
y Ramón está advertido,
fácil será.
PAB. ¡Siento ruido.
Traen luces. Al escondite.

(Don Pablo corre a esconderse en el cuarto del toro y cierra por dentro las vidrieras. Ramón trae luces.)
Don Elías, Ramón.
¿Ha visto alguien a don Pablo?
No señor; nadie le ha visto.
¡Vete y silencio!
No chisto.
Se va a desatar el diablo.
Don Elías,
¡Por hacer aquí el rufian
dejo la opípara mesa!
Pero servir me interesa
al escondido galán.
¿Qué no he de esperar de tí.
difunto que expresamente
resucitas complaciente
sólo por pagarme a mí?
¡Y con qué runibó! Ea, pues;
busquemos a Isabelita
y anunciemos la visita.
¿Mas quién se acerca? Ella es.
Don Elías, Isabel.
¿Qué hace usted tan solo aquí?
Señora, no es de mi gusto
esa infame bacanal,
y aquí me estoy hecho en buño
contemplando las flaquezas
y aberraciones del mundo.
¿Dejarán la mesa pronto?
No sé.
Desde aquí descubro. (Mirando
por la puerta de la izquierda.)
Los postres sirven. No acaban
ni en veinte y cinco minutos.
¡Qué contraste! Ellos riendo
y usted vestida de luto.
Y quizás de mi aflicción
se mofan.
Atroz insulto.
¡Y acaso aún están calientes
las cenizas del difunto!
¡Ah!
Si apareciera ahora

entre ellos vivo y robusto (to,
el mismo a quien juzgan muere-
como figura de estuco
se quedarían.

ELI.
ISA.
ELI.

¡Ay Dios!

ISA. ¿Y qué maravilla? Algunos
ELI. suelen tornar a la vida
desde el borde del sepulcro.
ISA. No con vanas ilusiones
aumenten usted mi profundo
dolor.

ELI. No quiero decir
que Dios, aunque sea sumo
su poder, haga un milagro,
y se alcen a mis conjuros
los que descansan en paz;
pero señor, yo pregunto, [to
¿quién da fe de que haya muere,
don Pablo? Un parte confuso,
la declaración verbal
de un amigo infiel, perjuro.
ISA. Y otros ciento que en el campo
le vieron yerto, insepulto;
y los facciosos también
le contaron en el número
de los muertos. Si él viviera
no podría estar oculto
su destino tantos días.

ISA.
ELI.
ISA.
ELI.

ELI. Nunca se verán enjutos
mis ojos! [No hay esperanza!
Pues yo la tengo y la fundo
en razones poderosas.
¡Oh! Como de esos renuncios
se cometen en los partes.
¡No ha afirmado más de uno
la muerte del «Serrador»,
de «Cabrera» y de otros tunos
que han multiplicado luego
muertes, incendios y estupro?
Bien pudo caer don Pablo
herido en el campo y pudo
salvarse después. En fin,
aunque parezca un absurdo,
yo creo... yo tengo datos.

PAB.
ISA.

ISA. ¡Ah! ¿Cuáles son?
ELI. Dios es justo.
ISA. ¡Insensata! ¿Cómo puedo
esperar?

ELI.

ELI. Si de su puño
enseñase yo una carta.
ISA. Basta, basta. Yo no sufro
que usted se burle de mí
tan cruelmente.

PAB.

ELI. No me burlo.
ISA. Vive don Pablo.

ISA.
PAB.
ISA.
PAB.

ELI. ¿Oh Dios mío!
¿Será posible?

Lo juro.

Dónde.

Baje usted la voz.
Si no temiera que un susto
repentino...

No; mi gozo.
Venga esa carta.

Presumo
que usted daría más crédito
a un testigo... y me aventuro
a presentarlo.

¿A quién? Cómo.
Usted le conoce mucho.
Yo. ¿Dónde está?

Salga usted.
[Junto a la puerta del foro, que ha-
bía entreabierto don Pablo.]
El momento es oportuno.
Don Pablo, Isabel, don Elias,
¡Isabel!

¡Ah! ¡Pablo mío! [Al verie grita y
retrocede asustada, y después de
un instante de silencio le abraza
don la mayor ternura.]
¿Es posible que te ven
mis ojos? ¡Pablo! ¿Tú vives?
Mi alma se anega en placer.
¡Dios de bondad! Si es delirio,
muera yo dichosa en él.
Mas no; mis brazos amantes
le están estrechando. ¡El es!
[Avergonzada se desprende de los
brazos de don Pablo y baja los
ojos.] [ta!

¡Qué estoy diciendo, insensa-
Oh rubor.] Perdóneme usted.
Ya han retirado los postres.
[Observando a la puerta.]
y las copas de Jerez.

ISA. Isabel, ese cariño
que en el alma grabaré
viene a endulzar la amargura
de un engaño cruel.
Dios sabe con qué aflicción,
tu muerte, Pablo, lloré.

ELI. Ya recogen la vajilla.
Ya levantan el mantel.

PAB. Aunque por muerto me dieran,
de mis heridas sané.
Otra me han hecho en el alma.
Yo la curaré también.
¡Pablo!

¡Hermana de mi vida.
[Hermana! ¡Ay de mí!
Isabel,

¿tú sola sabes que vivo.
Otros lo sabrán después.

- ¿Querrás por breves instantes guardarme el secreto fiel?
- ISA. Loguardaré; mas ¿qué intento?
- ELI. Ya están tomando café.
- PAB. A ese contrato nupcial presente quiero que estés.
- ISA. ¡Tú lo exiges!
- PAB. Y no importa que les des el parabien. Yo se lo doy desde luego; y ya jamás fiaré ni en lisonjeros amigos ni en palabras de mujer.
- ISA. (¡Qué oigo!)
- PAB. En la tumba se aprende mucho.
- ELI. ¡Que ya están en pie!
- PAB. Adiós. Yo seré más cauto por si me muero otra vez. (Se entra en el cuarto del foro, cerrando las vidrieras.)
- ISA. Isabel, don Elías.
- ELL. Confidente y centinela de mi rival! Por usted, sólo por usted haría tan subalterno papel, papel que entrará en el fárrago de deuda sin interés.
- ISA. (Sin oírle.) ¡No me ama! ¡Infeliz de mí! Mas al fin no le veré en los brazos de Jacinta. Y si otra me roba el bien [ta. que el alma anhela. No importará. ¡Perezca yo y viva él!
- Los precedentes, don Froilán, Jacinta, don Matías, don Antonio, don Lupercio, Damas, Caballeros. (Toman todos asiento en varios grupos. Don Matías, Jacinta con otras damas y caballeros a un lado; don Lupercio con los demás convidados a otro; don Antonio junto a don Froilán; don Elías e Isabel a un extremo.)
- MAT. Adentro. Sin ceremonia.
- JAC. Tomen ustedes asiento.
- LUP. ¡Oh, que está aquí don Elías!
- ELI. Buenas noches, don Lupercio.
- MAT. ¿Cuándo viene ese notario que en verdad, ya me impa-
esperándole. [ciento
- JAC. Ya poco puede tardar.
- MAT. Mira: luego que se firmen los contratos conyugales, bailaremos.
- UNA SEÑ. Sí, sí; un poquito de baile.
- UN CAB. Y será el día completo.
- FRO. Esa boda se va a hacer
- bajo auspicios muy funestos, don Antonio.
- ¿Qué sé yo?
- Se quieren y están contentos. Por fin ya nos favorece (Aparte con don Matías.) mi hermana. ¡Pero qué gesto! Y es un insulto el entrarse aquí con vestido negro.
- MAT. Como es tan sentimental, no me admiro.
- JAC. Pues yo creo que tiene más de envidiosa que de santa.
- MAT. Y aun por eso, a falta de otro galán; se resigna a los obsequios del buen don Elías.
- JAC. Siempre tuvo ruines pensamientos.
- UNA DA. ¿Qué dote lleva la novia? (En voz baja.) [sos.
- LUP. No es gran cosa. Seis mil pe-
- ISA. ¿Cuáles serán los designios (Aparte con don Elías.) de don Pablo?
- ELI. Es un secreto señorita; y como yo de económico me precio, quiero ahorrar las conjeturas. pues al fin he de saberlo.
- FRO. Es un cargo de conciencia; (Aparte con don Antonio.) sí señor; y yo no debo autorizar...
- ANT. ¡Bobería!
- Los que se casan son ellos, no usted.
- FRO. ¡Casamiento horrible!
- ANT. Peor sería no hacerlo.
- FRO. ¡Don Pablo amaba a Jacinta!
- ANT. Sí, señor; pero se ha muerto.
- FRO. Don Matías fué su amigo.
- ANT. Ya; pero no es su heredero.
- FRO. Yo lo soy a mi pesar.
- ANT. ¿Cómo ha de ser? Ya lo veo.
- FRO. Mis lágrimas...
- ANT. Yo también las vertería a ese precio.
- MAT. Ya está aquí el notario. ¡Viva! Los precedentes, el Notario.
- NOT. Buenas noches, caballeros.
- UNA SEÑ. Ese curial incivil (Aparte a don Lupercio.) no saluda al bello sexo.
- MAT. Vamos; ¿vienen ya extendidos los contratos?

Not. Si por cierto.
No falta más que firmar;
los contrayentes primero
y los testigos después
en sus respectivos huecos.

Fro. Ese hombre, que para mí
(A don Antonio bajo.)
es una especie de cuervo,
despierta en mi corazón
atroces remordimientos.

Not. Si ustedes me lo permiten,
calo las gafas y leo.

Mat. ¡No por Dios! ¿A qué cansar-
con este eterno proceso? [nos
No tal. Yo soy muy laconico.
Tendrá veintisiete pliegos.

Mat. ¡Misericordia! ¡Una pluma!
(Llega a la mesa y la toma.)
¿Da usted fe de que en efecto
me caso con la que adora
mi corazón?

Not. Por supuesto.
Con doña Jacinta...

Mat. Basta.
Firmo como en un barbecho.
(Firma.)

Fro. ¡Ah! ¡Qué horror! ¿Y sufro yo
(Tapándose los ojos.)
tan bárbaro sacrilegio?

Eli. ¿Qué le ha dado a don Froilán?
(A Isabel.)
Suspira; se pone trémulo.
Ahora la novia.

Not. (Se acerca a la mesa.) Volando,
que mi gloria cifro en esto.

Jac. No puedo más. (Se levanta y se
acerca también a la mesa.)

Jac. ¿Dónde?

Not. Aquí.

Fro. ¡Deten en nombre del cielo
esa mano temeraria!
¿Oídas tus juramentos?
¿Menosprecias tu opinión?
¿No sabes que hay un infierno
para los perjurios? ¡Ah!
¿Qué dice ese majadero?
¿Vas a casarte con otro
cuando la sangre del muerto
está humedando? Aún escucho
las campanas de su entierro.
¡Eh! ¿Quieres dejarme en paz?
Ese hombre ha perdido el seso
¡Qué hipocresía! (A don Antonio.)
¡La herencia!

Eli. Como soy que me divierto.
(A Isabel.)

Mat. Ea, firma y no hagas caso

Jac. de un fastidioso agorero.
Si; el corazón me lo manda.
¿Aquí? (No sé por qué tiemblo.
¡Animo!) (Firma.) Ya está.

Fro. ¡Gran Dios!
¡Ella ha firmado! ¡Esto es he-
¡Ah! Qué sería de ti, ¡cho!
falsa mujer, si del centro
de la tumba aquí se alzase
don Pablo y con voz de trueno.
¡Oiga!
(Todos los interlocutores a excep-
ción de Isabel rien estrepitosamente)

Lup. ¡Donosa ocurrencia!

Una da. ¡Qué visionario!

Un cab. ¡Qué necio!

Ant. Se nos viene con sandeces
del siglo décimo-tercio.
No hablaba usted de ese modo
dos días ha.
Me arrepiento.
Oportuno es el sermón.
(A Isabel.)
Parece que está de acuerdo
con don Pablo. Mas qué aguar-
que no sale del encierro. [da
Don Matías, no es la herencia
la que ha obrado este portentoso.
Mueve mi labio divina
inspiración. Yo preveo...
¡Eh! Basta ya de simplezas, [po.
que estamos perdiendo el tiem-
Concluyamos. Los testigos.
Don Antonio Mollinedo.
Servidor. Sea mil veces
(Va a la mesa y firma.)
en buen hora.

Not. Don Lupercio.

Lup. Allá voy. (Firmando.) Y con el
[alma
y la vida lo celebro.
Don Elías Ruiz.
(Va y firma.) Presente.
Sea enhorabuena y «laus Deo»
Hemos concluido.
(Dentro.) No.
Falta un testigo.
(Sorpresa general.)

Mat. ¿Qué es eso?

Jac. ¿Qué voz?

Fro. Por allí ha sonado.

Mat. ¿Quién es el testigo?
(Oyese una fuerte detonación en
el cuarto del foro; abre la puerta
y aparece don Pablo cubierto de
pies a cabeza con un manto blan-
co. Un vivo resplandor rojizo alum-

En el cuarto de donde sale.)

PAB. El muerto.
Los precedentes, don Pablo. (Al aparecer don Pablo retrocede Jacinta aterrada; las demás señoras chillan, y una o dos se desmayan en brazos de los caballeros que las rodean; don Froilán se queda estático; don Blas señala la carcacha y hace notar a las demás los gestos de los demás; don Matías calla, entre dudoso y amostazado; don Antonio y don Luperón dan muestras de admiración, y el Notario se esconde detrás de la mesa.)

JAC. ¡Cielos!
NOT. ¡Oh!
MAT. ¡Don Pablo!
PRO. ¡Es él!

ELI. Lindas figuras.
UNA DA. ¡Qué espanto!
PRO. Yo no lo dije por tanto.
JAC. Aparta, sombra cruel.
UN CAR. Señora... (Abanicando a una que está desmayada.)

UNA DA. Qué horrible vista.
(Volviendo del desmayo.)

UN CAR. (Yo tengo más miedo que ella.)

ELI. La tramoya ha estado bella.
Se ha portado el polvorista.

JAC. (¡La imagen de mi conciencia veo en su rostro fatal!)

PRO. (Si es aparición, tal cual; si está vivo, adiós la herencia.)

JAC. Yo confieso mi locura,
Pablo, y te pido perdón.

MAT. Locura.
JAC. Ten compasión

de una frágil criatura.
A tus plantas. (Va a arrojarse y don Matías la detiene.)

MAT. Eso no:

por vida de San Matías.

¿Tú a sus plantas? No en mis

El ha muerto y vivo yo. [días.

Y nos veremos las caras,

pues ya se firmó el concierto,

si quiere meterse el muerto

en camisa de once varas.

Ni él ha muerto, no hay tal co-

que si difunto estuviera, [sa

no alzara así como quiera

la yerta y pesada losa.

Yo no le disputo a Dios

el poder de hacer milagros;

mas los muertos están magros

y este abulta como dos.

Le quisiste vivo, es cierto;

y ahora a mí. No sabuena.

Eso no vale la pena

de resucitar a un muerto.

¿Si él ha muerto, qué hace aquí?

Vuelva al panteón profundo;

y si vive para el mundo,

muerto sea para ti.

En fin, que viva o que muera,

tuyo no ha de ser jamás.

Veremos quien puede más,

el muerto, y yo... calavera.

PAB. No he muerto, gracias al cielo,

(Soltando el manto y dando algunos pasos.)

ni por una infiel y un loco

quiero exponerme tampoco

a dar la vida en un duelo.

Que perdona este mal rato

pido a la tertulia toda,

pues mal sienta en una boda

el funeral aparato;

pero hombre de calidad'

cuya muerte es tan sentida,

justo es que vuelva a la vida

con cierta solemnidad.

Conozco que algún menguado

en esta cómica escena

más me quisiera alma en pena

que muerto resucitado;

pero si alguno desea

ser pasto a la muerte avara,

yo no: ya he visto su cara

y me parece muy fea;

y presto que debo tanto

al Sumo Hacedor, no es justo

que por dar a nadie gusto

me vuelva yo al camposanto.—

Mis quejas no escucharán

los amigos fementidos;

no; porque a muertos y a vivos,

Conocido es el refrán.

Que matan los desengaños

dice la gente. No a mí,

que como muerto los vi

no han de abreviarme los años.

Nada de rencor, Matías.

Querer a una dama hermosa

más que a un fiel amigo, es co-

que se ve todos los días. [sa

Siempre amor en tal pelea

ha de triunfar; esto es cierto;

y más si el amigo ha muerto

y la dama pestanea.

Yo la quise, tú la quieres.

Tuya debé ser la bella,

pues yo he muerto para ella

y tú por ella te mueres.—

Ni a ti, Jacinta del alma,

culparé. ¿Con qué derecho

pidiera yo a tu desecho
una tumba y una palma?
Se olvida al galán más pulcro
vivo, lozano, tornido,
y no ha de echarse en olvido
al que yace en el sepulcro?
El amor en nuestros días
como el Fénix se renueva,
que ya no hay almas a prueba
de balas y pulmonías.
Yo te creía más firme,
mas si otro me reemplazó
la culpa me tengo yo.

MAT.

¿Quién me mandaba morirme?
No haya duelo. En qué lo fun-
si no hay rival a mi amor. ¡Dó
Mucho aplaudo el buen humor
con que vuelves a este mundo.

JAC.

Pablo, la sorpresa, el gozo.
Pero... Ya ves, he jurado.
(Después que ha resucitado
me parece mejor mozo.)

PAB.

Señoras, cese ya el susto,
que si lo causo viviente,
me moriré de repente
estando sano y robusto.—
¿Y el notario fugitivo
adónde fué?

NOT.

Me escondí. (Sacando la cabeza.)

PAB.

Ea, salga usted de ahí
a dar fe de que estoy vivo.
Aquiete usted la conciencia,
que, a fe del nombre que ten-
del purgatorio no vengo [go,
a tomarle residencia.
Don Lupercio, don Antonio.
De ustedes muy servidor.
Hasta ahora, aunque pecador,
no me ha llevado el demonio.
Yo lloraba.

ANT.

PAB.

LUP.

PAB.

Si por cierto.

Yo... Como hablan las paredes,
ya sé que me han hecho [des

justicia después de muerto.
No era tan feliz mi suerte
cuando vivo. ¿Conque soy
un ángel ahora? Doy
muchas gracias a la muerte.
Ruego a ustedes, pues advier-
que me va mejor así, [to
que siempre que hablen de mí
se figuren que estoy muerto.

ANT.

(A don Lupercio.) [puntos
Pallas, después que en mil
su elogio hicimos ayer.

PAB.

FRO.

ELI.

MAT.

ELI.

FRO.

PAB.

FRO.

ISA.

MAT.

ANT.

ELI.

FRO.

JAC.

LUP.

FRO.

Ya no se puede tener
caridad, ni con difuntos.
Don Froilán, sienta en verdad
decir a un amigo fiel
que el consabido papel
no es mi postrer voluntad.
Es acción muy baladí
que perdonarse no puede
el resucitado adrede
para burlarse de mí.
(Risa general.)

Señoras, nada de risas,
que es sobrada impertinencia
despojarme de la herencia
y quedarse con las misas.
Agorero ceji-junto,
justo es que a Dios satisfagan
herederos que no pagan
los créditos del difunto.
Era insigne mala fe,
riendo de mi abstinencia
comerse, amén de la herencia,
lo que yo economice.
No era usted quien merecía
tanta dicha, alma de Anás.
Tartufo. No digo más.
¿Por qué?

Por economía.

Por vida...

Tenga usted calma.
Yo las misas pagaré,
a no ser que quiera usted
que se endosen a su alma.
Lea usted ahora en desquite
esta carta que Melchor
me dió.

Si; mi arrendador (Toma la car-
ta, la abre y la lee para sí.)
de la hacienda de Belchite.
¡Qué será! (Después de una pausa)

Le tiembla el pulso.

Gime.

Un color se le va
y otro se le viene.

¡Ah!

Mira al cielo,
Está convulso.

Cruel, funesta noticia.
Desventurado de mí.
Yo esperaba el bien ajeno
y pierdo el mío. ¡Infeliz! [dido
Me ha arruinado; me ha per-
la infame facción servil.
Me ha subastado el aceite,
me ha saqueado el maíz,
me ha destruido el molino,
me ha secuestrado el redil.

A mí, que no me metía
con nadie... canalla ruin,
y ni he sido diputado,
ni prócer, ni alcalde, ni...
Si hasta los neutrales tienen
su hacienda y vida en un tris,
¿quien quieres, alevé príncipe,
que te doble la cerviz?
Ya es crimen la indiferencia.
¡Guerra! ¡Un fusil! ¡Un fusil!
¡Traidor don Carlos! la sangre
siento ya en mi pecho hervir.
Yo moriré peleando
o me vengaré de tí.

Los precedentes, menos don Froilán.

JAC. ¡Dios mío!

ISA. ¡Pobre Froilán!

PAB. Funesta guerra civil.
Le está muy bien empleado.
El cielo castiga así
a todo infame egoísta
que a la patria ve gemir
y ni acude a sus miserias,
ni la defiende en la lid.
Volviendo a lo de la boda,
en buen hora sea mil
y mil veces. Yo también
me caso.

ISA. (¡Ay!)

JAC. ¿De veras?

PAB. Si ustedes quieren mañana
a mí contrato asistir.

ISA. (¡Mañana!)

LAS DA. (A Jacinta, mostrando toda mucha
curiosidad.) ¿Quién?

ANT. (A los caballeros, que forman tam-
bién corrillo.) ¿Quién será?

MAT. ¿Quién es la novia feliz?

Dime.

PAB. Son amores póstumos.
No es la novia que escogí
de este mundo.

MAT. Alguna momia.

PAB. No. Fresca como el Abril.
Flor de mi tumba, ¿por qué
tan tarde te conocí?

ISA. (Me mira. ¡Ah! Como palpita
mi corazón.)

ANT. Pero en fin.

JAC. (¿Será Isabel?)

UNA SEÑ. ¿No sabremos?

PAB. Aunque a su gracia gentil
sabe hermanar la modestia,
su nombre puedo decir,
que pues la ofrezco mi mano,
no la alejaré de sí (Isabel no
puede reprimir su agitación.)

LA SEÑ. ¿quien ya me dió el corazón.
Hacia aquí mira, ¿advertís?
(Aparte a las otras.)

PAB. ¡Ah! Si ya anuncia mi dicha
en su labio de carmín
la sonrisa del amor.

LA SEÑ. (Yo soy. Me ve sonreír.)

PAB. ¡Y esa mirada... Isabel!
(Acercándose a ella y presentándole
la la mano.)

ISA. ¡Pablo mío!
(Tomando la mano de don Pablo
reclinando la cabeza en el pech
del mismo como para ocultar el ex
ceso de su gozo.)

LA SEÑ. (No era a mí,
(Con un suspiro y abanicándose.)

ANT., LUP., DAMAS., CAB. ¡Isabel!

MAT. (A Jacinta.) Era tu hermana

ELI. (Ya llegó mi San Martín.)

MAT. ¿No dijiste que tu esposa
no era de este mundo?

PAB. Sí.

Mujer de un alma tan pura,
cuya virtud sin igual
compite con su hermosura;
es un ser algelical:
no es humana criatura.
Mujer de tanta virtud,
mujer de amor tan profundo
que en su tierna juventud
se inmolaba... a un ataúd,
no pertenece a este mundo
Yo, que su ventura anhelo,
ya no me juzgo habitante
de este miserable suelo,
que Isabel me mira amante
y sus brazos son... el cielo.
Yo que te lloré en la losa,

yo, que con verte no más
me tenía por dichosa,
¿qué haré ahora que me das
el dulce nombre de esposa?

PAB. ¡Cuán de veras lo mereces!
¡Dichosa muerte mil veces!
Muérete y verás, Matías...

MAT. ¡Lindo regalo me ofrezcas!

PAB. ¿Qué dice usted, don Elias?

ELI. Que el mundo es un entremés,
don Pablo.

MAT. Es cierto.

LUP. Así es.

ANT. Para aprender a vivir.

ELI. No hay cosa como morir...

PAB. Y resucitar después.

FIN DE LA COMEDIA

La Novela Corta

Revista popular de más cir-
culación y de más alto pres-
tigio literario de España.

APARECE TODOS LOS SÁBADOS



¡EUREKA!

ES EL MEJOR
CALZADO

Nicolás M.^a Rivero, 11
MADRID

STILOGRÁFICAS

Fillares donde elegir
desde 1 a 300 pesetas

Casa MOZO Alcalá, 9
MADRID

POR SEIS PESETAS
puede adquirir un magnifico

FILTRO "ARSO"

de un rendimiento de 24 litros
al día, en la fábrica.

Prim, 5, (Barrio de Doña
Carlota) Puente Vallecas

PUEDE AHORRAR MUCHO DINERO

si antes de comprar muebles y objetos para su casa visita el

Hotel de Ventas, Atocha, 34

Precios sin competencia. Entrada libre. Guarda-
muebles.—Se compra toda clase de muebles.

LOS ANIMALES

El jueves próximo aparecerá

EL PERRO

Precio del cuaderno: 20 céntimos

R
7615

Gobierno de  La Rioja
BIBLIOTECA DE LA RIOJA



10000319250



No viéndolos
se confunden los productos
FLORES DE TALAVERA
con las flores naturales.

PERFUMERÍA GAL
MADRID



Oficinas y Talleres de **PRENSA POPULAR** propietaria de **La Novela Corta, La Novela Teatral y Frío.**—Antonio Palomino, 1, y Calvo Asensio, 3. Madrid.